

Ernesto Langer Moreno

Érase una vez...

Cuentos



2009

©Agosto 2009 De los textos, el autor
Correo del autor: elanger@escritores.cl
Club literario de escritores.cl
www.escritores.cl/club
Registro:
I SBN:978-956-332-032-9
Diseño de portada: Swen André Langer
Fernández
Derechos reservados
Impreso en Chile / Printed in Chile

*A mi mujer Violeta, por su paciencia,
tolerancia, cariño y comprensión.*

PRÓLOGO

Estos cuentos fueron escritos en distintas épocas.

Son historias de la vida que aquí reúno para que este libro las lleve por el mundo y sus lectores las revivan.

Aparecieron después de tejerse a sí mismas brotando de la nada, mientras sus personajes disputaban a la realidad alguna verdad indescubierta y cotidiana.

Me entretuve al escribirlas, ahora espero entretendrán a sus lectores.

El autor

LOS INFILTRADOS

A Samuel Fernández lo conocí en la sala de espera de la editorial LOM un día en que ambos estábamos allí para la revisión de un libro. El mío, una novela guardada durante años en un cajón y que ahora, de repente, vería la luz. El suyo, un libro de poemas experimentales que habían sido escritos en 48 horas y que, según él, cambiarían al mundo.

Como conozco a los poetas no me extrañó oírse-lo decir a viva voz, esperando que todos lo escucharan. Tan seguro estaba de sí mismo y de su obra.

No supe de él hasta el día en que recibí una invitación para el lanzamiento de su libro en un café de Providencia, al cual asistí.

Allí me encontré con el mundillo literario santiaguino compuesto por algunas poetisas con sombrero, antiguos escritores encorbatados y un sinnúmero de jóvenes vestidos de la manera más estrafalaria posible, todos poetas, supuse.

Samuel estaba eufórico saludando a los invitados hasta que una hora más tarde de lo previsto y cuando la sala se hubo llenado, la función comenzó.

El poeta fue presentado como una revelación literaria, advirtiendo a todos sobre la calidad transgresora y original de los poemas que se iban a escuchar.

Cuando el presentador terminó brotaron rápidamente los aplausos, enseguida Samuel tomó el micrófono; dijo algunas palabras, mostró su libro y comenzó a recitar sus poemas.

Leyó tres textos que se vieron interrumpidos por aplausos y, de pronto, dio por terminado el evento, invitando a los presentes a comprar un ejemplar.

Por lo que supe vendió varios ejemplares esa noche. Lo vi durante el cóctel escribiendo dedicatorias como un loco.

Compré también un libro y me puse a la cola de quienes esperaban una dedicatoria.

En cuanto me vio me saludó, me dijo que ahora yo podía constatar que lo que me había dicho acerca de su éxito literario era verdad. Lo dijo

con orgullo, subiendo el tono de su voz con la intención que otros lo escucharan.

Te lo dije -me afirmé- y no pude más que asentir con la cabeza porque al menos eso era lo que parecía.

A la gente le gusta lo distinto, pensé.

Me despedí después de saludar a uno que otro conocido, ninguno muy cercano, desde lejos.

Camino a mi casa me fui hojeando el libro y llegué a la conclusión que los poemas no tenían ni pies ni cabeza. Según yo, era lo más malo que había leído nunca. Entonces recordé la gran cantidad de aplausos. ¿Quiénes pudieron aplaudir de esa manera?, me pregunté.

Acto seguido cerré el libro para guardármelo en un bolsillo y no le di más vueltas al asunto.

Dos semanas después me topé en el metro con un joven que reconocí como uno de los poetas que asistieron a la presentación del libro de Samuel Fernández. Curiosamente él también me reconoció y extendió su mano para saludarme. Hola -le dije.

Nos bajamos en la misma estación y de pronto me preguntó cómo me iba con mi novela.

Le comenté que estas cosas son lentas pero yo creía que bien; era sólo una cuestión de tiempo. En todo caso no tengo tantas expectativas, al menos no como ciertos poetas.

-¿Como Samuel Fernández? -me preguntó, sin vacilar.

-Sí, le respondí, exacto.

-Pero no se aflija -me dijo- cuando usted quiera le organizamos una presentación como esa, genial, ¿verdad?

Tenemos todo el elenco, es cuestión de unos pocos pesos. Somos expertos -continuó- nosotros aplaudiendo, hablando en librerías y facultades, podemos encumbrar cualquier cosa. La gente no sabe qué pensar, necesitan un empujoncito y nosotros se lo damos creando una pequeña masa crítica de supuestos lectores interesados, contentos con el autor y la obra. Lo demás llega solito.

Es un oficio como cualquiera, me entiende. Los escritores nos necesitan, porque somos capaces de convertir cualquier bodrio en un éxito. Tome -me dijo- aquí está mi tarjeta. Consúltele a Fernández como está de contento.

Nada podría haberme parecido más atroz. Es así como están las cosas ahora, me

dije. En todo caso esto es mejor y más original que las famosas sociedades de bombos mutuos en que los escritores se felicitan y apoyan unos a otros. No se me habría ocurrido nunca.

Tal vez, pensé, no es una mala idea, y guardé la tarjeta.

Nos despedimos al salir de la estación. Quedé en llamarlo...aunque hasta ahora no lo he hecho?

EL DIA EN QUE MURIÓ EL GENERAL

Me contaron que el día en que murió Pinochet, Armando Jaramillo tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar el llanto. Con el general terminaba una época convulsa, pero gloriosa, a la que tenía amarrados sus recuerdos.

El 11 de septiembre del 73 él era un simple soldado, joven, sin experiencia, que de pronto se veía envuelto en una gran revolución, portando un arma. Fueron días aquellos llenos de adrenalina y patriotismo -pensó- días que no volverán, cuando un soldado podía hinchar el pecho de orgullo al saberse salvador de su patria.

Los 17 años que siguieron él, como muchos otros, veneró al general como al héroe refundador de la república, e hizo del ejército su familia, su iglesia.

De eso estaba orgulloso. No era que ignorara algunos pequeños y supuestos excesos, pero si éstos habían realmente existido los justificaba con la consabida cantinela de que fue una guerra y en una guerra pasan muchas cosas.

El había tenido la suerte de servir en una unidad especial encargada de neutralizar, léase hacer desaparecer, a algunos elementos subversivos que continuaban con sus ideas nefastas.

Cierto, al principio le costó apretar el gatillo y ver como gracias a ese acto sencillo otro ser humano, un semejante, desaparecía de la faz del planeta. Pero con el tiempo se acostumbró mientras aprendía a ser un buen soldado.

Después perdió la cuenta de cuántos había dado de baja luchando por tener una patria libre, a las órdenes de su general.

A veces recordaba la cara de uno que otro de los prisioneros, rendidos a su suerte, esperando el desenlace. Antes de dispararles les había propinado una pateadura inolvidable para ponerlos como ejemplo ante sus compañeros detenidos. Su capitán lo había incluso felicitado por su inmejorable espíritu castrense, aunque las ejecuciones eran una orden y su deber, cumplirlas.

Que tiempos aquellos, suspiró, en los que todavía uno podía ser de esos héroes anónimos, de los tantos que conformaban las filas de esa época.

Por eso ahora no se podía consolar al escuchar en la radio la muerte del general.

Ya no eran suficientes las infamias con que los desagradecidos bastardos hacían que algunos de sus oficiales enfrentaran los tribunales de justicia; ni el epíteto de asesino que le colgaban a quienes lo único que hicieron fue cumplir con su deber.

Ni siquiera era el mismo ejército aguerrido, cohesionado, comprometido con la lucha. Ahora, además, el líder los abandonaba, los dejaba huérfanos, solos.

Pero no podía llorar, no debía. Tenía que ser consecuente. En aquellos tiempos -recordó- si un detenido lloraba la pateadura seguía. No se soportaban ni permitían mariconadas. Llorar era un signo de debilidad. Los militares no lloran.

Es verdad que su general partía y era evidente que los sucios políticos intentaban por todos los medios enlodar su memoria y su legado. Si de él dependiera formaría filas de nuevo en otro escuadrón e impondría la verdad y el orden como antaño.

Pero ya estaba desmovilizado, jubilado, callado como la institución se lo ordenara. Esa había

sido su última orden: guardar silencio, e iba a cumplirla costara lo que costare.

Sus recuerdos, todos, se los llevaría a la tumba, leal hasta el último con su general y con la historia. Un soldado anónimo entregado por completo a su patria querida, eso era, así se veía a sí mismo.

Armando Jaramillo a sus órdenes, mi general -gritó de pronto- cuadrándose, para ahogar su sollozo.

Cuando yo muera, mi general -continuó- lo seguiré también en el otro mundo, allá donde de seguro usted está siendo escoltado por arcángeles, reconocido como el salvador de esta tierra que tanto le debe.

Se estremeció un poco por la emoción y, acto seguido, sin perder su compostura militar, puso su antigua arma en la boca, la misma que había usado tantas veces para defender su patria de la amenaza extremista, y apretó el gatillo?

FELLATIO

Hermano mío, tú por allá, tan lejos, y yo aquí, sin poder decirle a nadie esto que me quema el alma. Esto que por ser tan mío no puede ser sabido por nadie. Esto horrible y espeluznante que me está sucediendo. Pero he decidido escribirlo, día a día, para dejar testimonio y para después hacértelo llegar, hermano, como dé lugar. Para hacerte la confianza, aunque sea con un tiempo de retardo. Sucede que he sido un verdadero huevón, un crédulo de la especie. Pensé que la mujer que amo no tenía ojos sino para mí. Pensé que me amaba y la hacía feliz. Que nunca tendría necesidad de alguien más. Tú sabes, tú eres testigo de cómo la he amado. Si a veces me pasaba de tonto tratando de ser un buen marido y un buen padre de familia. Pero, la vida es impredecible. Algo cambió en ella y parece que ahora no le soy suficiente, no le basto. De pronto la sorprendo pensando en cosas extrañas. Tiene curiosidad, dice ella.

Puede que desee alguien más en su vida. Quiere conocer otras cosas, ser libre, probar otros amores.

Confieso que he hervido en celos, que he sentido que mi pequeño mundo se derrumba y que cualquier día la catástrofe se va a declarar. Ella se entregará a otro hombre, hermano, y quebrará sin más todo aquello que creí teníamos hasta ahora.

Sé que tengo que ser fuerte y, tal vez, tengo que cortar todo de raíz, porque la cosa parece no tener remedio. La curiosidad mató al gato. Y esa misma curiosidad puede matar mi matrimonio. Así que creo que no me conviene para nada seguir amándola como lo hago. Tengo que sacar fuerza de flaqueza y dejarla, olvidarme de ella.

Tú que me conoces sabes que no será fácil, hermano.

"Quiero conocer otros hombres", me dijo. Y yo no podría vivir con tamaña revelación. Así que no me queda otra. Cada vez me convenzo un poco más de que la única salida es tratar de apartarme y olvidarla.irme lejos.

No podría confiar más en ella. El túnel se ve oscuro, oscuro, oscuro. Hermano.

Como lo veo ella ya no es más mi mujer. No la misma. Así lo siento. Ojalá que Dios permita que mi amor por ella disminuya.

Eso sí, hermano, que varias veces me ha dicho y suplicado que le crea que eran todas mentiras, estupideces, un error. Pero, si el río suena es porque piedras lleva, digo yo.

Es inútil. Nadie puede salvar lo que ya naufragó. Seguro que tú pensarás que estoy siendo pesimista. Pero imagínate si tu mujer te dice un día algo así por el estilo.

Hoy es otro día, hermano. Aún sigo aquí, con ella, con los mismos pensamientos y dudas. ¿Me dejarán algún día?

No puedo negar que me ama. A lo mejor sólo fue un momento de duda. A lo mejor es verdad que ni siquiera se atrevería. Que es incapaz de entregarse a otro hombre. Pero igual ya nada es lo mismo. Puede estar diciendo cualquier cosa para que no la abandone. Porque de seguro le teme al abandono, al qué dirán sus hijos y la gente. Algunas mujeres son muy sensibles ante la sanción social.

Tal vez yo debería hacer lo mismo y ver si me puede gustar otra mujer. Pero es difícil, eso no está para nada en mis planes. Menos a esta al-

tura de la vida. Pensar en todas esas mujeres que se me han acercado, deseado y ofrecido. Tú conociste algunas.

Yo siempre la quise a ella, a ella y a ella, a nadie más que a ella.

A lo mejor, éste es una especie de castigo por tratarla siempre tan bien.

Debí tratarla un poco mal para evitar este amargo desenlace.

Hermano, no exagero cuando te digo que sus palabras fueron una puñalada en el corazón, que no para de sangrar.

¿Tendrá ella lugar para otro hombre?

¿Se entregará a otro con el deseo y la pasión con que se me ha entregado?

Le contó a sus amigas más íntimas y sus amigas la retaron. Por qué pensaba algo como aquello. Cómo se le podía pasar por la cabeza.

Ya casi llegamos a los cincuenta y a mí no se me pasaría por la mente tener otra mujer.

A lo mejor, me repito, precisamente por eso le han venido estos deseos. Le he sido demasiado fiel.

Sólo ha sido mía, dijo, y tiene curiosidad. Maldita curiosidad que nos ha dejado los días contados como pareja.

¿Será normal, hermano, que una mujer ya madura empiece a pensar que sería posible entregar su intimidad a otros hombres?

En todo caso ya está todo perdido, porque, sinceramente creo que ni un millón de palabras, ni conversaciones, ni excusas, ni explicaciones van a cambiar lo que ahora le atrae. Lo que se le ha metido en la mente y en el cuerpo. Que de seguro es un deseo subterráneo, profundo, en potencia, aunque ahora lo niegue. Un deseo que cualquier día puede explotar y hacerla perder la cabeza.

¿Qué hago, hermano? ¿Me busco una amante para mitigar la pena? ¿Espero y observo su comportamiento, como un condenado? Porque dejarla, nunca. Porque no amarla me es imposible. Ella es la mujer de mi vida. A ti te consta. La única.

Qué extraño, por lo general estas son cosas que le ocurren a los hombres, no a las mujeres. Pero es que los tiempos han cambiado. Ya no quieren, ya no les interesa ser castas y fieles. Ahora piensan que acostarse con varios hombres es algo sin importancia. No les importa que las manoseen y posean, mezclando sus humores con cualquiera. Ahora no quieren ser de nadie. Sino

de ellas mismas ¡Qué egoísmo, hermano, qué egoísmo!

Es increíble. No parece posible.

Un hombre necesita confiar en su mujer para ser equilibrado. Para equilibrar sus emociones y dirigir una familia.

Todo está revuelto hoy en día.

Hermano, ¿se llevará esta marea también a mi mujer?

¿Sucumbirá a este tiempo libertino?

¿No buscaré también yo otros brazos para que me consuelen?

¿Terminará acabándose esta unión que nos hizo felices durante tantos años?

Las cosas han perdido su equilibrio. Se ha abierto una puerta hacia la oscuridad, hermano, una puerta maldita. No sabes cuánto lo lamento.

Porque la unión de su alma con mi alma está a punto de zozobrar.

El otro día hicimos el amor, como locos, tratando de arreglar las cosas, y fue **ma ra vi llo so**. No sabía que ella pudiera ser tan buena en la cama. Se comportó como una verdadera hembra en celo y la besé desde la punta de los pies hasta la cabeza. (sólo a ti puedo hacer

estas confidencias tan íntimas, por la sangre y amistad que nos une).

No se nos va a olvidar. Orgasmos como los que tuvimos se graban en la memoria. Fueron momentos de una unión profunda, de entregarse el uno al otro plenamente.

Entonces, puedes preguntarte, y ella también me lo ha preguntado, ¿Cómo pueden persistir mis dudas?

Te preguntarás también si acaso eso no demuestra que me ama, le gusta que yo la posea y la haga sentir una mujer plena; si acaso esto no prueba que todo lo sucedido no fue más que una desgraciada y lamentable equivocación.

Pero es que ese no es precisamente el punto, el caso. Porque yo pensaba que antes de confesarme aquello, también era ella una mujer saciada, plena, colmada sexualmente.

¿Cómo pude equivocarme? Hermano, ¿Cómo pude equivocarme tanto?

Te lo juro, yo le enseñé todo lo que sabe sobre sexo. Aprendimos juntos. Yo la creía feliz. Todo esto ha sido una verdadera sorpresa. Algo que estremecería a cualquier hombre enamorado de su mujer.

Seguro que tú piensas lo mismo.

¿Es esto un signo de que ha dejado de amarme? Casi no lo puedo creer, hermano. A mi mente vienen una y otra vez sus palabras. Son como agujas que me clavan.

¿Tendrá todo esto una cura?

¿Puede una mujer evitar sentir lo que siente?

¿Puede un hombre vivir con esta verdad insoponible a cuestas?

Cuando le toco el tema ella me rehúye. Y supongo que en eso tiene la razón. Porque en este caso las palabras sobran.

Yo ya debería estar lejos. Pero no he sido capaz de abandonarla, de hacer lo que cualquier hombre bien hombre hubiera hecho: mandarla a la mierda con su curiosidad y sus posibles infidelidades.

No. Yo me he quedado pegado a su piel como un necesitado, como un hombre sin honor. Sabiendo lo que sé, carcomiéndome por dentro.

Me pregunto, ¿Por qué no fui capaz de saciarla completamente?

Pero no he llorado. Eso sí que no. El dolor va por dentro.

Aún guardo cierta dignidad.

En todo caso tienes que saber que ella no es la misma que tú conociste. Ha engordado, tiene várices, celulitis, arrugas, mal genio, y sigue sin

ser una lumbrera de inteligencia. Además que este último tiempo está permanentemente reclamando que no es lo suficiente libre. Pero tú sabes, hemos crecido juntos. Por eso ahora la amo más que antes, cuando era joven y bonita.

No digo yo que todo esto es una verdadera desgracia, de la que sus hormonas son las únicas culpables.

Te confieso también que siempre quise que fuera una mujer más ardiente, una como la de la última noche.

Pero es insólito, ahora que su pasión aumenta, puede que ni su pasión ni su ardor sean solamente para mí.

No, si a ratos, creo que voy a enloquecer.

¡Ay! Hermano, estoy sufriendo; si puedes escríbeme, y consuélame.

Hoy, todo ha cambiado precipitadamente. Es increíble como Dios ha dispuesto todas las cosas. Además es esperanzador y sorprendente. He pasado del infierno al cielo en menos de setenta y dos horas.

Ocurre hermano que todos estos años ella había estado negándome algo muy íntimo y ahora me lo ha entregado para probarme que me ama. Y yo lo acepto, hermano, jubiloso. Le creo. Porque co-

nozco su rechazo y su asco por aquéllo, desde siempre. Tiene que haber hecho un esfuerzo muy grande. Y lo hizo para asegurarme que lo dicho había sido una tontera impensada de su parte, de la cual está completa, profundamente arrepentida. Para probarme de que sí es la mujer de un sólo hombre. La mía. Y yo le creo, ¿Cómo no voy a creerle? Le costó hacerlo. Tuvo que dejar a un lado sus trancas y superarse a sí misma.

Trancas de la infancia, hermano, por las que jamás consintió en hacerlo antes. Se negaba rotundamente y no había forma de convencerla. Ni siquiera cuando estaba medio entonada. Ese era su mayor tabú, una de sus peores trancas.

Según ella no lo haría nunca. Y, ya ves, ahora está hecho. Consumado. Porque quiso cerrar aquella puerta abierta hacia la oscuridad y el vacío.

Fellatio fue la llave que uso para cerrar esa puerta. El amor que esta mujer parece que me tiene. Su disposición para borrarle todas esas terribles dudas y temores con sus labios y su lengua. El querer darme algo que, con toda seguridad, no le daría a ningún otro hombre.

Así que, por fin, hermano mío, se arreglaron las cosas.

Ahora parecemos dos adolescentes tomados de la mano, abrazándonos en todas partes.

Seguimos adelante.

Por eso, puede que ni siquiera te envíe estas letras. Y puede que hasta las quemé para que toda esa mala onda se vaya con sus cenizas.

De todos modos hermano, gracias, por escucharme?

SI TE HE VISTO, NO ME ACUERDO

Como tenía una voluntad de oro, muchos en la oficina se aprovechaban para pedirle favores.

-René, por favor, después te lo devuelvo, préstame para comprar una cajetilla de cigarrillos.

-René, podrías darme una manito para terminar esta pega que estoy apurado.

-René, tengo problemas para mañana, podrías reemplazarme por unas horas.

Así, favor tras favor, pasaron los años.

Hasta que un buen día René, no se sabe el porqué, desapareció sin decir nada.

Entonces todos comenzaron a echarle de menos, a preguntarse qué podría haberle sucedido, hasta que al cabo de un año de ausencia, lo daban por perdido, casi olvidado.

Pero un día cualquiera René apareció de improviso por la oficina, flaco y desgarbado, con señas claras de haber caído en desgracia y de sufrir una miseria espantosa. Necesitaba ayuda, y urgente.

Esto, como es de suponer, produjo en todos los que lo conocían un impacto inmediato, un mirarse los unos a los otros en silencio, sorprendidos.

Aunque, después de ese instante cargado de emoción -seguramente empujados por esa inconsecuencia atroz tan arraigada en nosotros los humanos- nadie se apiadó de aquella reconocida alma generosa y a quienes tanto le debían, sino que al contrario, todos se hicieron los desentendidos y siguieron como si nada, hasta que llegó el nuevo guardia a pedirle por las buenas que se retirara.

DEDUCCIONES

Esto no es un cuento, son hechos. Aunque tengan un parecido inmenso a una historia de ficción. Los personajes existen en la vida real, tienen carne y huesos, un nombre, una historia, sueños y todo aquello que los hace ser personas comunes y corrientes.

Lo que pasó quedó registrado por las autoridades competentes y se puede consultar en cualquier momento en los archivos del tribunal de la ciudad.

Manuel Jacinto Montero Donoso atravesó esa calle a las diez menos cinco, el día 14 de mayo de 1996. Caminaba erguido, rápido y sin dificultades físicas aparentes, atento a lo que pudiera pasar mientras cruzaba.

Algunos lo vieron todavía respirando, moviéndose libre por la calle, sobre la que caía una fina llovizna.

Nadie podía presagiar lo que sucedería esa mañana, menos Montero Donoso que iba por la vida como cualquiera en dirección a un lugar desconocido, según consta en el parte oficial levantado por Carabineros ese mismo día fatal.

Por supuesto que todo el mundo ignora aquello que sólo pudo experimentar el hombre en su cabeza cuando por obra del destino, en un instante, cruzó al mismo tiempo la esquina de esa calle y la línea de la vida, encontrándose de frente cara a cara con la muerte, sin siquiera haberlo imaginado.

Parece que esto produce un shock que no tiene parangón en la experiencia humana, pero como no puede ser constatado de modo alguno no hay que tomarlo en cuenta y debe considerarse no más que un mero dato anexo, explicativo y posible.

Lo que sí se puede afirmar sin mucho temor a equivocarse es que para él el tiempo se detuvo, igual que su corazón, más o menos a la misma hora que lo certifica el acta médica que acompaña los otros papeles oficiales, siendo hasta ese momento un perfecto desconocido para todo el mundo.

Llevaba un anillo de oro en el dedo índice de su mano derecha con las iniciales M y D, no tenía ninguna marca especial en el cuerpo y tampoco tenía documentos, por lo que se lo llevaron a la morgue dentro de una bolsa de plástico, siguiendo el procedimiento policial.

A ésta llegó, después de dos días, María Alejandra Montero Donoso, su hermana, para reconocer y reclamar el cuerpo, identificando al occiso y derramando las primeras lágrimas por su muerte.

Fue entonces que, a través de un funcionario público, el Instituto legal recién se enteró de la identidad y el oficio de Montero Donoso, quien en vida se desempeñara como empleado en el museo antropológico de la Universidad de los Andes, encargado de la sección de Sortilegios y Milagros de las culturas precolombinas, donde se conservan toda clase de documentos misteriosos archivados perfectamente.

Resulta que en esa sección del museo, dos días contados exactos después del accidente, se encontraron, debajo de la mesa, unos papeles en los cuales figuraba una inquietante fórmula con el extraño título de "Para resucitar a los muertos". Fórmula que no estaba completa, faltándole a uno de los papeles la parte inferior y que por lo mismo resultaba indescifrable.

El documento en cuestión habría pasado fácilmente inadvertido entre tantos cientos de

su especie si no fuera porque en su reverso podían leerse unas pocas líneas que casi coincidían en forma perfecta con el día y la hora del accidente que costó la vida a Manuel Jacinto Montero Donoso. Cosa que por supuesto llamó la atención de quien se dio cuenta del hecho y lo puso en conocimiento de las autoridades del museo.

El enigma era evidente. Cosas como éstas no suceden de forma habitual y motivan la búsqueda de respuestas. Una coincidencia tal era increíble y el mismo museo entonces se encargó de iniciar la investigación.

Como después se supo, Montero Donoso era un fanático de las experiencias sobrenaturales y en algunas ocasiones había hecho alarde de ciertas prácticas mágicas que, según se creía, él mismo rescataba de antiguos pergaminos guardados en su sección. Cosas así como lograr hacer desaparecer un objeto o hacer crecer muy rápido plantas y animales. Incluso preparaba su propio libro al respecto, como se pudo también averiguar hurgando entre sus cosas. El hombre, sin lugar a dudas, tenía sus secretos.

La investigación duró apenas un tiempo y no se pudo llegar a una conclusión definitiva. Al menos oficialmente, puesto que el funcionario encargado de llevar el asunto tenía la certeza de algo que prefirió omitir en su informe para evitarse preguntas y molestias: que Montero Donoso, él mismo, había planeado su muerte tan minuciosamente como era posible, con un claro objetivo ulterior; el de volver después a la vida, resucitando, siguiendo las indicaciones del documento.

Supo que, supuestamente para esto, Montero Donoso ya casi no hablaba mucho siguiendo un extraño ritual de silencio y soledad; que se pasaba los últimos días sin comer, ayunando, intentando purificarse.

Por esta razón, después, éste mismo funcionario confidenció extraoficialmente a uno de los directores del museo que no se explicaba el porqué del fracaso, toda vez que si Montero Donoso había tomado la decisión de llevar a cabo el asunto era porque debió estar muy seguro de su éxito, de otra manera no lo habría hecho. A no ser que el muerto estuviera ahora, después de todo y gracias al conjuro, vivo nuevamente, cosa ésta a todas luces imposible.

El funcionario, entonces, presa de una agobiante inquietud y poseído por la curiosidad, decidió continuar extraoficialmente con la investigación, yendo más allá de lo permitido, poniendo ojo donde antes no lo había puesto. De este modo se dirigió primero que todo al sitio del suceso, con la idea de repasarlo, casi seguro de que allí obtendría, ahora sí, alguna respuesta.

En la calle no quedaban vestigios del accidente, tuvo que imaginárselo todo haciendo conjeturas. Contó los pasos que le tomaba ir de una acera a la otra, observó el estado de las cunetas, junto con verificar la señalética del sector; prestó atención a cualquier cosa que pudiera darle una pista sobre el caso, sin lograr tampoco ningún resultado.

El asunto se le iba de las manos y por lo tanto estaba por desistir en su empeño.

Luego pensó en cambiar nuevamente la línea de investigación contactándose con María Alejandra, la hermana del occiso.

Por supuesto ella no sabía nada y hasta tuvo problemas para hablar sobre lo acaecido temerosa, según dijo, de atraer también de algún modo a su vida la fatalidad.

Le dio unos datos menores y le entregó una pieza de la investigación que hasta el momento era

desconocida, arguyendo que a su hermano, el día anterior al accidente se le había quedado en su casa, supuestamente olvidada.

La pieza nueva era una agenda con tapa de cuero, como quedó consignada después en un capítulo aparte y anexo a la investigación oficial.

Entre sus páginas se encontró aquella parte inferior que faltaba al papel de la fórmula titulada: "Para resucitar a los muertos" y en donde en su reverso podía entonces verse escrito: "Hoy, 14 de mayo, a las 10:00, tengo cita con el dentista".

Esto cerró el caso definitivamente y disipó cualquier duda que hasta ese momento existiera. La conclusión se agregó también a la investigación oficial.

La verdad, simple y clara, es que el día 14 de mayo de 1996, a las diez horas menos cinco, Manuel Jacinto Montero Donoso tenía cita con el dentista e iba con retraso, por lo que la muerte lo pilló en pleno trayecto a su consulta. Apurado?

FANÁTICA

Que vida la tuya, María José, siempre tan alegre, tan viva. Conozco pocas personas como tú que se atreven a vivirla de esa manera.

Todavía recuerdo cuando bailabas medio desnuda sin importarte todos esos ojos clavados en ti, paseándote por plena avenida Providencia, revolucionándolo todo.

Y no fue una, ni dos, ni tres, sino muchas las veces que repetiste impávida el mismo acto decidida a desafiar el mundo con desenfado, irreverente.

Eras mi ídolo, lo máximo para alguien como yo que aún portaba esos aburridos frenillos y pestañeaba demasiado debido a una enorme timidez que me poseía.

Tú lo tenías todo, belleza, estilo, fuerza, libertad. Y lo sigues teniendo.

Te vi el otro día en una revista de moda defendiendo a los delfines. No podía creerlo, de veras me alegré. Estabas linda como siempre, provocativa. Pero sin embargo algo había cambiado. Te habías cambiado el nombre y eso sí

que no me gustó, a no ser que ese fuera un estúpido error de la redacción.

El padre y la madre son sagrados, nosotros sus hijos e hijas somos la continuación de sus existencias, no tenemos derecho a discontinuarlos como si fueran un objeto desechable.

Y mira que tu apellido no es de los malos.
¿Qué pasó, qué te pasó?

María José, te juro que fue tanta la impresión que incluso llamé a la revista y ellos me confirmaron tu nuevo nombre.

Ahora eres Alejandra del Río, para mí un nombre extraño en un cuerpo conocido. Pero en fin, tú habrás tenido tus razones. No quiero hacer conjeturas. Además que tú, como eres, a lo mejor puedes tomarte licencias para otros prohibidas. Quién sabe.

Ni siquiera sé si te acordarás de mí. La gente famosa a veces es tan olvidadiza. De todos modos quise ponerme en contacto inmediatamente contigo llamando tu atención.

Así que primero se me ocurrió enviarte un ramo de rosas con tu nombre verdadero, imaginando tu estupor al recibirlas, tratando de ocultar la tarjeta, tirándola a la basura.

Después pensé que no era una muy buena idea. Aquello te haría sospechar y estar en guardia y eso más que seguro influiría en tus estados de ánimo. Tal vez aquello podía causarte problemas y obligarte a reflotar cosas que prefieres olvidadas.

Pero mira que cambiarte el nombre. No lo puedo entender, si hasta tu nombre era perfecto.

María José, tengo que confesarlo, el sólo hecho de saberlo me perturba. Es como si te hubiese visto más gorda o con el pelo desteñado. A nadie le gusta ver decaer lo sagrado, ni ver sus ídolos derrumbados. No debiste hacerlo. Es insano.

Todo lo demás sigue de las mil maravillas, no has cambiado nada. Incluso los delfines te favorecen resaltando con su gris azulino tu tez bien bronceada.

Pensé en conseguir tu número y preguntarte directamente. Estoy segura que tendrías la cortesía de responder a una de tus más fieles y antiguas admiradoras.

Pero también lo deseché porque, sabes, sigo siendo igual de tímida y ni siquiera me atrevería.

Yo creo que no imaginas las cosas que producen en sus semejantes las personas como tú.

Además que no les importa para nada.

Tú eras María José Astaburuaga Cotapos, una reina, una diosa hija de buena familia. Ahora apareces en una revista con el mismo cuerpo, pero con otro nombre.

Tenía que decirte algo al respecto. No fuera que alguien más te viera en esa impostura y tomara una actitud más radical.

La verdad, María José, o Alejandra como te llaman ahora, es que no he resistido ver lo que siempre tuve como lo más encumbrado se me venga por tierra.

No hay, no puede haber relación entre tu cuerpo todavía perfecto y tu nuevo nombre. Eso es simplemente una canallada. Tú no eres tú de ese modo. Estoy completamente segura. Porque no puede ser, no es justo. Si te cambias el nombre entonces también te cambias la cara. Y a la María José Astaburuaga que conocemos la recordaremos siempre tal como ella era.

De lo contrario no estaría aquí ahora frente a tu casa, esperándote en este frío de perros con un cuchillo en la mano?

LA SEQUEDAD

La página en blanco ha sido uno de mis mayores tormentos. Cuando el vacío interior se convierte en desesperación y sentimiento de impotencia, es que los personajes han decidido no visitarme y esconderse.

Como almas que no quieren encarnar se resisten y huyen. No aparecen. Se niegan a entrar en sus roles ficticios. No toman cuerpo podría decirse. Rechazan los nombres con que los bautizo y con ello la existencia.

Esos son momentos difíciles en la vida de un escritor, momentos en que el ánimo puede llegar hasta el suelo y hacerlo sentirse como un gusano arrastrándose, sin tener nada que decir.

Así es el oficio. A veces. Al menos en mi caso.

Por eso cuando Carlota se asomó mostrando toda su gracia femenina, dispuesta a arriesgar su anonimato y tranquilidad, apareciendo con los brazos abiertos y sonriendo, juro que mi corazón rebozó de contento. Ella era quien hacía la diferencia entre el todo y la nada.

Era la persona justa en el momento correcto. Mi tabla de salvación y mi esperanza.

Muy pronto ella se fue volviendo hermosa, fina, entretenida, atractiva. Pero también un poco cruel. Ese era su defecto de fábrica. Porque todo no puede ser perfecto. Así como no todos los días son domingos. El único peligro era que su crueldad se convirtiera en su rasgo principal.

Tenía el cabello bien cepillado, reluciente, y las uñas rojas como el color de la sangre, cuidadas con esmero con el fin de impresionar. De cierto modo parecía una muñeca, una modelo, o una diosa. Casi caí en la tentación de idolatrarla, atribuyéndole las más preciadas virtudes. No podía entonces adivinar sus intenciones. Las que no hubiese imaginado nunca y que me dejaron por decir lo menos perplejo, anonadado y al final, vacío, seco. A mí, que la estaba escribiendo como un alfarero moldea su figura. Por un lado yo le estaba infundiendo la vida y ella...

Al principio resultó ser muda, o se rehusaba a decir una palabra. Parecía bastarle esa

mirada con que atraería hasta el más frío de los varones que se cruzara en su camino.

Sin embargo no se quedaba quieta ni un minuto. Sufría de una hiperquinesia total. Se movía continuamente como si danzara, y pensé que ése podía ser una especie de lenguaje que no lograba comprender.

Pero cuando me disponía a escribir sobre su suerte, me habló. Me miró así como cuando uno quiere robarle el alma a otra persona y pronunció algunas palabras. Su tono meloso me dejó inquieto, a la expectativa. No sabía qué cosas podía tramar un personaje tan solitario y singular. Además, ese tono en las mujeres siempre me hizo sospechar segundas intenciones.

Me pidió un vaso de agua, mientras encendía un cigarrillo. Nunca me han gustado las mujeres que fuman, bien que ella fumaba con gran estilo. Podía ser sólo una fumadora social, de esas que fuman únicamente durante reuniones como las que estábamos teniendo. Nadie podía asegurar que fumara también después del almuerzo, en la mesa, o en la cama. Así que no le di mayor importancia al asunto. El hecho importante es que ella seguía ahí, sola, en su mundo

virtual, moviéndose, y yo al otro lado tratando de escribirla con mi lápiz.

Tuve el impulso de hacerle unas preguntas cuando le pasé el vaso de agua. Carlota me miró adivinando mi intención. Así supe su nombre.

Su procedencia era menos clara. Supongo que venía de mí mismo, porque si ese personaje tenía un alma, esa alma tenía que ser parte de la mía. Podía haber surgido de la oscuridad, pero nunca de la nada. En su interior de criatura ficticia también debía de estar Dios manifestándose. Como en todo.

Por mi parte le estaba agradecido, porque me había sacado de aquel infierno de sequedad literaria que casi no aguantaba, por lo mismo que me sentía dispuesto a pasar por alto muchas cosas y, si era necesario, regalonearla.

En un arranque de erotismo pensé escribirla desnuda, pero no se dejó, se aferró con decisión a sus elegantes vestimentas, sin que yo pudiera hacer nada. No insistí, por temor a perderla, a quedarme de nuevo en penumbras.

Quien sabe cómo reaccionaría bajo cierta presión.

Se bebió el agua, tomando su tiempo, empujando el vaso de manera elegante, y me lo devolvió mientras aspiraba el cigarrillo. Después lanzó el humo poniendo los labios en U y, sin mirarme siquiera, me pidió que me fuera. Quería que la dejara para estar sola consigo misma, según dijo. Quería que me hiciera humo.

A las mujeres no hay cómo entenderlas, da igual que sean de mentira. ¿No comprendía ella que sin mí su vida era imposible?

Después dándose cuenta, creo yo, bastante nerviosa, llegó al punto de sentarse en mis rodillas. Tuve que hacer un esfuerzo para no derretirme. Tiré un poco las manos pero, enseguida tuve conciencia de lo que estaba haciendo. Ella era sólo un personaje de mi imaginación. No era posible que su carne y su piel me atrajeran. No era real. Era yo mismo quien la escribía y creaba. Era absurdo.

La separé de mí y aquello la desestabilizó un poco, pero luego se enderezó y se arregló el

vestido para seguir luciendo como una reina. No hizo ningún comentario, cuando yo hubiese esperado a lo menos, alguna recriminación de su parte. No sé si se daba cuenta cabal de su verdadera situación.

Desapareció por unos instantes, dejándome con un extraño sabor a abandono. Creí haberla perdido. Hasta que volvió de repente completamente desnuda, bellísima, apareciendo desde la niebla, caminando directamente hacia mí.

Entonces perdí el horizonte y, misteriosamente me seduje, estrictamente hablando, a mí mismo. Le hice el amor hasta perder la cuenta.

Ella era una amante experimentada que conocía todos los secretos. Yo un ser ávido de fantasía. Éramos una mezcla perfecta. Una mezcla explosiva. Juntos tuvimos una unión que es rara en una pareja. Sentía que se me salía el corazón con cada uno de sus suspiros. Por mucho tiempo tuve pegado su perfume indescriptible.

El destino quiso, sin embargo, que esta insólita unión no prosperara. Ella partió como si

hubiese cumplido su cometido y debiera perderse de nuevo en el negro del que había venido. De mi subconsciente, o como se llame.

Nadie más me ha visitado desde entonces. La profunda oscuridad me ha vuelto infértil. No soy capaz de darle vida a ningún personaje.

Vivo en sequedad absoluta.

Parezco estar pagando una condena. Por eso cuando escribo, escribo siempre lo mismo. Estoy condenado a recordarla, a escribir una y otra vez sobre su increíble aparición como protagonista de un último relato.

Sólo hace muy poco me di cuenta del propósito y significado de su visita: vino a volverme loco?

EL CIEGO

Cuando me desperté esa mañana, si dijera que toqué la luna con mi mano, sería poco. Fue algo parecido porque después de estar años encerrado en la más plena oscuridad, de pronto, un rayo de luz vino a derrumbar ese muro que me aprisionaba y cegaba, volviéndome a la claridad, al mundo de las formas individuales, delineadas, llenas de luz.

Si, esa mañana abrí mis ojos y vi.

Algo común para todo el mundo, salvo para un ciego como yo, dependiente de algún caritativo lazarillo y de un bastón. La realidad por fin se me aparecía por otro medio que no fuera el tacto, el oído o mi imaginación. Podía ver. Allí estaban mi ropa, mi bastón, la cama, la ventana con sus cortinas y un espejo. ¡Ah sí, un espejo!

Me incorporé y me fui acercando a éste lentamente, mientras veía que mi rostro se iba reflejando en él como si fuera una copia de mí mismo.

Ese era yo. Por primera vez veía mi nariz puntiaguda, mis ojos por tantos años vacíos y sin

vida. Descubrí también que mi piel era morena y mi boca de labios delgados, rosados.

Me toqué la cara, me pasé los dedos por las mejillas y terminé investigando mis orejas con curiosidad.

Tanta era la sorpresa, que sin poder contener mi júbilo, comencé a llorar... y vi esas lágrimas salir de mis ojos y correr por mis mejillas.

Luego me puse la ropa abrochando uno a uno sus botones de memoria, entretanto mis ojos recorrían sin cesar la habitación y escudriñaban sus rincones con la curiosidad de un niño.

Estaba feliz -lo repito- ¿Quién no lo estaría?

Emocionado salí a caminar, dejé mi bastón, ahora inservible, tirado a los pies de mi cama. Una vez afuera, en la calle, me arrebaté. Era como si estuviera viendo una película en primera fila.

En forma instintiva me tapé los oídos con mis manos para aplacar ese ruido insoportable que emitían los autos, los edificios, la gente, los perros, la electricidad y los aviones. Fue como si la ceguera hubiese tenido controlado el nivel de ruido exterior y, desapareciendo, dejó un lugar

por donde el ruido ahora me atrapaba. No sé, tal vez me sentí mareado, no estoy seguro. Pero luego me repuse, pude entonces fijar mi vista de nuevo y continuar avanzando sin problema.

Nunca imaginé que las calles estuvieran tan llenas de letreros. Antes de poder habituarme encontré esa omnipresencia publicitaria grosera e insoportable. Era como si quisieran meterme a la fuerza letras e imágenes por los ojos. Fue una impresión tenebrosa, por decir lo menos.

Sin embargo atravesé las calles confiado, mirando hacia todos lados, seguro. Vi las luces rojas, los autos detenidos. Llegué hasta un paradero de buses donde me entretuve mirando los recorridos escritos arriba del parabrisas delantero. Nadie quiso ayudarme, nadie tuvo piedad de mí... y eso por Dios que me hizo sentir confortable.

Subí al bus, pagué mi boleto y miré a los pasajeros que indiferentes, esperaban que la máquina retomara el movimiento. Elegí mi lugar y viajé con ellos observándolos. Una pareja se besaba

en el asiento trasero. Acto seguido me fije en los ojos del conductor que se reflejaban en el espejo retrovisor. Un poco más allá me bajé del bus sin tener que preguntarle a nadie dónde era que estábamos, para dirigirme a la casa de Carmen Gloria, mi polola.

Toqué el timbre, me abrió, y no pude creerlo. Estaba más linda que nunca. Tenía los ojos azules como el cielo y un cuerpo moreno.

Había tocado esos senos, pero poder verlos era algo maravilloso. Imaginé inmediatamente sus pezones. Serían rosaditos y tiernos. Quise verlos.

Ella comprendió que yo quería verla desnuda y se quitó la ropa, contenta, divertida. Quería que yo conociera con mis ojos lo que ya conocía con mis dedos. La amé por eso. La miré por todas partes mientras la besaba, entre las piernas, el pubis, en su ombligo, donde yo ya había dejado mi marca con mis lamidos de ciego.

Ella no paraba de decir que era increíble.

Ese día hice yo mismo el café y le serví también uno a ella. Le preparé unas tostadas con mantequilla y, de paso, vi una foto mía con mi

bastón y mis lentes oscuros, pegada en la puerta del refrigerador. - ¡ Me quiere ¡ -pensé.

Por la noche le pedí que fuéramos a un bar. Quería ver como se veía la gente amontonada divirtiéndose, mirándose unos a otros bajo la luz de una lámpara a medio encender. Y quería también conocer cómo lucía un trago, poder ver ese líquido amargo que a veces me endulzaba el cerebro y las ideas. En realidad quería verlo todo, como ustedes supondrán. Quería divertirme y satisfacer mis ojos por tanto tiempo enceguecidos. Había que aprovechar la luz, pero también la penumbra, que siempre es mucho más clara que la terrible oscuridad.

-¡ Viva la vida ¡ -grité- Acelerado.

Cuando llegamos al bar estaba a media luz. En cada mesa había una vela encendida o por encender. Una música suave amenizaba el ambiente.

Nos sentamos, pedimos un whisky con hielo y una primavera.

Carmen Gloria no dejaba de mirarme a los ojos, no me soltaba la mano, asombrada como estaba, llena de júbilo.

Dos o tres mesas más allá dos mujeres rubias

atrajeron mi atención. Parecían dos ángeles alrededor de una pequeña mesa redonda.

Deslumbrado ante esa belleza, el corazón casi se me salió por la boca. Transpiré y no pude controlar la dirección de mis miradas.

¡ No había visto nunca algo como eso ! Esas piernas bien contorneadas y el rostro de una de ellas que parecía una verdadera diosa me hicieron babear.... Literalmente.

Tan notorio debe de haber sido que Carmen Gloria se levantó de repente, me dio una cachetada que casi me hizo dar vueltas la cara, y se fue enojadísima.

Lo que pasó enseguida puede parecer raro. No me importó dejarla ir, me quedé allí y me acerqué a la mujer para verla de cerca y conocerla.

No le dije que había sido ciego, ¿Para qué?

A ella le gustaron mis miradas y mi pelo. Después de conversar un rato salimos de ese bar, juntos, derecho a un motel en las afueras de Santiago.

Patricia resultó ser una profesional. Pero no me cobró ni me trató tampoco como a un mero cliente. Porque fue tanto mi apetito por ese

cuerpo perfecto, por esas curvas graciosas y exquisitas, que con una extraña e indecible destreza, puse mis manos en acción.

Un ex ciego puede tener una especie de toque mágico en su tacto, y yo la volví loca..... para el deleite y contemplación de mi lujuria, sobre todo de mis ojos. El placer ese fue grandioso y es inefable.

Moverme sin impedimentos, compartir como una persona normal y hacer el amor, más que el amor a una mujer como esa, fue para mí el néctar de los dioses.

Nunca me hubiera imaginado cuántas cosas entran por la vista. Figuras como la suya todavía las tengo grabadas en mi memoria. Aunque -claro- yo me doy cuenta que ellas no son sino terribles demonios vestidos de ángeles de luz. Ignorados completamente por los ciegos, que tienen otros demonios.

Aún así, viendo lo que veía -lo reconozco, no lo voy a negar, ni mucho menos desmentir- la belleza de esas mujeres me atrapó.

Entre ellas se pasaron el dato y tuve sin ningún problema perfectas amantes para casi todas las noches del año. Mujeres que se cuidaban con es-

mero para permanecer siempre bellas. Hembras ardientes, acostumbradas a los hombres, pero que conmigo perdieron el rumbo, se desataron, se extraviaron sin que pudieran contenerse. A ninguna le dije que había sido ciego ¿para qué? No sé si eso les habría agregado algo a su pasión, a su placer.

Me sentí el dueño de todo un harem, el hombre más satisfecho del mundo. Las mujeres me buscaban. Me había convertido en un amante perfecto. Ese era yo.

Hasta que desperté, descendiendo de nuevo a las tinieblas y de allí a la misma antigua y horrible oscuridad. Enrollado entre mis sábanas de ciego, sobre la misma almohada. Con un dolor de cabeza de los mil demonios y con una lágrima invisible que nunca podría ver?

CORRUPCION

Camilo Fernández era Alcalde de su comuna por tercer período, estaba acostumbrado a prometer cosas y después no cumplirlas, a decirle a todo el mundo que si y hacer totalmente lo contrario. No había nadie como él para esos menesteres, pero esta vez el Concejal Castillo lo había puesto en una penosa situación exigiéndole que, como decía la ley, todas las cuentas del municipio tenían que ser públicas, para dejar de ser un laberinto de números que nadie entiende y estar a disposición de la gente.

Fernández sabía que si las cuentas se transparentaban se vería en grandes problemas, por lo que tenía que hacer algo.

La sesión del Concejo tendría lugar dentro de tres días y para entonces podría aprobarse una moción contra Camilo Fernández, por notorio abandono de deberes, si se seguía oponiendo a cumplir con la ley argumentando todo tipo de subterfugios, negándose a transparentar las cuentas del municipio.

El Alcalde, por primera vez en su larga trayectoria como avezado político, se sentía sin muchas posibilidades de ganar la contienda. De nada le servirían ahora su perfecta demagogia, años de entrenamiento engañando a sus semejantes, justificando lo injustificable para resguardar sus intereses o los de sus amigos influyentes.

El partido lo protegía haciendo vista gorda, pero no estaría dispuesto a continuar respaldándolo si el asunto se salía de madre, y el Concejal Castillo era un hombre rencoroso quien sentía por su persona un odio sin límite.

Como primera medida para solucionar el problema el Alcalde citó e intentó negociar con los otros tres Concejales y ver así la posibilidad de neutralizar a Castillo e intentar salirse nuevamente con la suya.

Marcelo Astorga, otro político de piel dura, perteneciente a su misma colectividad, fue el único que estuvo de acuerdo. Los otros dos se negaron a apoyarlo, a pesar de las regalías que el Alcalde les ofreció.

No había caso, parecía que la buena suerte se le terminaba, que de una u otra forma le había llegado la hora. Aunque su olfato político le decía que tenía que haber algo que pudiera salvarlo, que todas las cosas incluso las más difíciles pueden darse vuelta. Todo tiene su precio.

Sin embargo, a partir de ese día no pudo dormir tranquilo y comenzó a ponerse de veras nervioso.

Finalmente, decidió llamar al mismo Castillo y poner sus cartas sobre la mesa. Estaba dispuesto a ofrecerle muchas cosas a cambio de que desistiera del asunto y evitar el escándalo.

Intentando convencerlo le dijo que esos no eran tiempos para consideraciones éticas; que el presupuesto municipal había sido siempre aprobado por el Concejo; que era difícil transparentarlo todo debido a que el municipio no estaba preparado para aquello. Por último, le ofreció lisa y llanamente, dinero...y mucho.

Pero Castillo le respondió que él sólo cumplía con su deber de hacer respetar la ley y se retiró despidiéndose antes que el Alcalde

podiera retenerlo. Sabía que lo tenía en la palma de su mano; no iba a perder la oportunidad de acabarlo, de vengar tantas humillaciones y saldar las cuentas.

Así es la política, se dijo, éste era su turno.

A Castillo tampoco le importaban un bledo las cuentas del municipio, sabía por experiencia que todos roban, si no es de un modo, de otro, y que eso sería siempre lo mismo. Lo que realmente le importaba era el tremendo golpe que daría al Alcalde y el paso que eso significaría en su carrera política.

No era un niño de pecho y estaba cansado de un botín miserable. Ya era tiempo que Fernández dejara su puesto vacante.

El día de la reunión el Concejo estuvo completo, ningún Concejal hubiese querido perderse lo que se anunciaba como el principio del fin. La sesión se inició revisando dos o tres cosas sin importancia, al lado del plato de fondo. Hasta que llegó el momento esperado en que el Concejal Castillo acusó al Alcalde de no querer hacer lo necesario para cumplir con lo que exigía la ley: transparentar las cuentas municipales.

El Alcalde no dijo una palabra y se limitó a escuchar en silencio.

El Concejal Astorga, en un primer momento, dando muestras de lealtad con su correligionario dijo que aquello no era cierto, que era una infamia vergonzosa destinada a hacerle mal a quien tanto había dado por la comuna. Pero cuando llegó el momento de votar se sumó a los otros Concejales para obligar al Alcalde a cumplir con la ley, como se debe. El edil debía poner a disposición de todo el mundo la información presupuestaria.

Después de esto Fernández pensó en arrancar antes que alguien destapara completamente la olla. Empezó a tener un comportamiento errático y perdió parte de la confianza en sí mismo, convirtiéndose en un Alcalde huraño, sin sus habituales sonrisas.

La gente sorprendida empezó a preguntarse qué podía haber causado este cambio tan radical en su personalidad. Porque en realidad muy pocos entendían el asunto de las cuentas municipales. Sin embargo Fernández sabía que era cuestión de tiempo para que el Concejal

Castillo reclamara en la Contraloría General de la República por los diez millones destinados a los adultos mayores, o los veinte millones asignados a cultura, respaldados por falsas boletas de honorarios.

El final estaba cerca. Lo sabía.

Pero pasaron los días y nada ocurrió. Incluso, poco tiempo después, el partido le ofreció ir a la reelección y en las sesiones del Concejo no se volvió a hablar del asunto.

Fernández no pudo evitar preguntarse lo que estaba ocurriendo. Todo sucedía completamente diferente a lo esperado.

La respuesta la obtuvo un día del mismo Concejal Castillo quien con una sonrisa de oreja a oreja le anunció que su partido había decidido presentarlo para diputado. Un honor totalmente inesperado, según él, y que había aceptado.

Esta había sido la recompensa obtenida por acceder a no abrir la temida caja de Pandora y echarle tierra al asunto.

Porque en realidad nadie quería que el incendio se propagara por doquier.

Las órdenes venían de arriba: Todo debe seguir igual.

Así que no se preocupe, le dijo, quédese tranquilo, usted continúa siendo el Alcalde, la comuna lo necesita?

HOMOFOBIA

La madrugada estaba fría y nublada. Cosa curiosa porque cuando está nublado la temperatura suele ser más bien agradable. Pero hacía frío y levantó la solapa de su chaqueta para abrigarse mejor el cuello. El vapor salía de su boca como una gran fumarola. Se mantuvo en movimiento para entrar en calor. Hasta que llegó el bus que esperaba hacía ya, por lo menos, treinta y cinco minutos.

Apareció de entre las sombras matutinas, alumbrando hacia la oscuridad con sus dos potentes focos amarillos.

Lo detuvo. Subió a éste por la puerta delantera como es habitual y pagó su boleto.

Venía vacío. Ni un alma ocupaba, a esa hora, aquellos rodantes y enormes fierros públicos.

El chofer cerró la puerta, metió el cambio y aceleró para continuar su recorrido.

Las luces interiores iban encendidas y por eso no podía distinguirse lo de afuera a través de las ventanas.

Entonces se sentó justo en medio y así se fue como único pasajero, con las manos en los bol-

sillos, pensando en una y mil cosas domésticas. De pronto, después de algunas cuerdas, tomó el bus un segundo pasajero. Era una mujer delgada con un abrigo rojo quien, después de mirar hacia todos lados, se sentó en la otra columna de asientos, una fila más adelante.

Podía verla, acurrucada en el asiento, con signos de tener mucho frío.

También podía observar los ojos del chofer en el espejo, quien, de vez en cuando, echaba una mirada a sus dos únicos pasajeros.

Luego subieron dos jóvenes. Uno de ellos era bastante afeminado para su gusto, así que lo miró con desconfianza, pero intentó ser indiferente, actuar como si no lo hubiese visto.

Después de todo, se dijo, un bus puede ir lleno de gente que no se mire nunca a los ojos, como desconocidos que comparten solamente un trayecto de sus vidas. Nada importante.

El bus se detuvo en una luz roja y escuchó a los jóvenes hablando en voz baja, casi susurrando. La mujer se mostró inquieta con estas voces que, aunque mínimas, llenaban casi todo el vehículo.

Cuando el bus volvió a moverse el murmullo quedó sepultado bajo el ruido del motor y de los

metales desplazándose. El se acomodó en el asiento y miró su reloj como un acto mecánico. No iba apurado, tenía tiempo de sobra para llegar a su destino, para lo cual tenía que cruzar casi toda la ciudad.

Comenzó a amanecer y el conductor apagó las luces.

Una señora de más edad se les unió en la travesía. Ella echó también una mirada y se sentó junto a la mujer de la fila de adelante. Se acomodó en el asiento estirando su abrigo, sonrió condescendiente a la mujer que no le correspondió y siguió como si nada.

Curioso espectáculo, se dijo él, que había presenciado toda la escena como un espectador privilegiado.

Los jóvenes habían ido subiendo el tono de voz y disputaron su atención con una sirena de ambulancia que sonaba alejándose. Una voz afeminada le cobraba sentimientos a la otra. La otra se disculpaba, queriendo cambiar de tema o quedar en silencio.

Le cargaban los maricones. Nunca había podido entenderlos ni soportarlos. Los encontraba degenerados, contranatura. Y odiaba aún más verlos actuando en público sin ningún pudor.

Escuchó como la voz afeminada, casi sollozando,

le decía a la otra que todo había terminado, que ese era el final, porque había perdido la confianza, que había sido traicionada.

Quiso cambiar de sintonía, dejar de prestar atención, pero no pudo.

La señora, que había dado vueltas su cabeza, le sonrió amigablemente. Y él le respondió poniendo también una cara amigable.

Luego siguió escuchando. Hubo algunos intervalos de silencio y, de pronto, vio pasar al afeitado hacia la parte delantera del bus y sentarse cerca del chofer. El chofer le echó un vistazo y después buscó en el espejo al compañero que se había quedado solo, en la parte posterior. También lo miró a él y sus miradas se cruzaron por un instante.

Subieron tres escolares, la señora de sonrisa amable se bajó en el mismo paradero. Los jóvenes pidieron permiso y dejaron atrás al afeitado que venía inmóvil desde hace un rato.

Dos de ellos se sentaron y un tercero continuó de pie afirmado del respaldo de un asiento.

Entonces el sujeto que estaba en la parte posterior avanzó hasta sentarse junto a su pareja. Pero éste se levantó y haciendo un gesto despectivo volvió a cambiar de asiento.

No quiere nada, pensó él, seguro de asistir a una

desavenencia de pervertidos. Hizo un movimiento de desagrado y otra vez intentó desentenderse pensando que no era su asunto.

La mujer de la fila anterior, que había reparado en el evento, no les quitaba desde entonces la vista de encima. Incluso se había vuelto hacia él para mostrar su sorpresa y buscar una especie de complicidad.

No es asunto mío, volvió a repetirse. Y miró hacia los estudiantes que iban ocupados en otra cosa.

El sujeto se sentó de nuevo al lado de su pareja diciéndole algunas palabras, y éste volvió a cambiar de asiento.

A estas alturas él ya se sentía incómodo.

Pensaba en que estas correrías de anormales se convertían en escándalo, los tres menores de edad muy pronto se darían cuenta del mal ejemplo. Cosas así no deberían permitirse.

El bus dio algunos brincos que lo obligaron a sujetarse afirmándose del fierro del asiento delantero.

Los escolares se bajaron y subió una pareja con una guagua en los brazos.

Pagaron su boleto, se acomodaron entre el afeinado y la mujer que ya había dejado de tiritar y miraba ahora por la ventana hacia fuera.

El recién nacido lloraba y el afeminado se volvió para sonreírles con cara de ternura.

La pareja se limitó, por lo que él podía ver desde donde estaba, a hacer callar la criatura. Supuso que ellos tampoco simpatizaban con desviados y consintió en silencio moviendo de arriba abajo su cabeza.

El afeminado se dio por aludido y parándose, víctima de lo que debió parecerle un desprecio, fue a sentarse junto a su pareja. Este último, desinhibido y feliz, descaradamente lo abrazó y lo besó en la boca a vista de todo el mundo.

Lo único que falta es que se peguen un polvo, pensó él. Y eso le habría sido insoportable.

Miró por la ventana hacia fuera y vio que aún le quedaba camino por recorrer para llegar a su destino. O se habría bajado del bus de inmediato.

La pareja con la guagua se bajó unas cuerdas más allá por la puerta trasera y al cruzar frente a él el hombre murmuró algo así como: "Marricones de mierda".

A la cuerda siguiente subieron tres cabezas rapadas con su típica vestimenta: chaqueta de cuero, botas militares, guantes, una cadena colgada en la cintura, un aro en cada oreja y uno en la boca. Apenas subieron y miraron se dieron

cuenta de la pareja de desviados que aún juguetaban desinhibidos. Se les sentaron delante y no aguantaron mucho antes de comenzar a insultarlos.

El afeminado y el otro se pararon sin decir nada y fueron a sentarse en los últimos asientos. Los cabezas rapadas los siguieron, burlándose.

Un poco más tarde la cosa se puso espesa y el tono de las voces de los cabezas rapadas aumentó mientras pronunciaban los insultos.

De pronto, la voz afeminada irrumpió gritando más fuerte: ¿Es que nadie va a hacer nada? ¿Nadie va a hacer nada? Repitió.

La mujer tomó su cartera que llevaba en el asiento del lado y rápidamente hizo parar el bus para bajarse.

El también decidió dejar la máquina y una vez abajo, cuando ésta volvió a ponerse en marcha, vio al afeminado pidiendo auxilio con una cara descompuesta por el miedo, pegada al parabrisas posterior.

Maricones -dijo él. Nunca pensé que me daría tanto gusto encontrarme con estos pelados tan violentos.

Como aún le quedaba camino, caminó. Aún hacía frío, el vapor salía de su boca en grandes

bocanadas. Apuró el paso, para entrar en calor. En el trayecto fue testigo de la apertura de los kioscos de diario y de la subida de cortina de algunas panaderías. Se cruzó con uno que otro peatón a quienes ni siquiera miró, salvo a una rubia de cabellera atrayente y tacones altos.

Esperó la luz roja para cruzar la calle y entonces los vio. Estaban sentados en la vereda, quejándose. Eran el afeminado y el otro tratando de reponerse después de una verdadera pateadura.

No tuvo compasión, de nuevo más bien se alegró, pensando en que lo tenían merecido.

El afeminado, que lo reconoció, se le quedó mirando. El otro se lamentaba cabizbajo, de las heridas inflingidas. Tenía sangre en el labio y la chaqueta desgarrada. Lloraba.

El afeminado le gritó que lo denunciaría por no prestar asistencia a personas en peligro, que los cabezas rapadas eran unos degenerados de mierda. Luego se cubrió la cabeza con los dos brazos y se puso en cuclillas mirando hacia el suelo.

Alguien, un buen samaritano, se les acercó para tenderles la mano. En un rato eran tres y cuatro preocupados de su suerte.

El se arrimó a una pared para presenciar lo que

ocurría, porque de pronto una curiosidad morbosa lo atrapaba. Los perversos eran entonces consolados por varias personas. Entre ellos algunos escolares que habían sido atraídos por el tumulto.

Un hombre se los llevó en su auto, seguramente a un centro de primeros auxilios.

Pero tres cuadras después de nuevo los encontró tirados en el suelo, sin fuerzas siquiera para arrodillarse o sentarse.

El espectáculo era lamentable. Sobre todo porque cruzando la calle se aproximaban los mismos cabezas rapadas que venían en el bus.

No quiso imaginar lo que pasaría.

Eso les pasa por exhibir sus cochinadas en público, pensó. La humanidad no los echará de menos para asegurar la supervivencia de la especie. No son necesarios. No califican. Y siguió caminando.

Después de tanto alboroto ahora sí que se le había hecho un poco tarde?

EL MUERTO

El muerto estaba ahí sin decir una palabra. Y si alguien debía entonces decir algo ese era él, tendido allí en medio de la pieza dentro de un cajón mirando de frente hacia la otra vida, mientras los otros, todos los otros, se agitaban a su alrededor.

No había cruzado hace mucho esa delgada línea que separa los dos mundos pero, su cuerpo ya se estaba enfriando, tomando el color de los seres inanimados, aunque podía escuchar lo que sucedía y verse a sí mismo como si se viera en un espejo.

Algunos de sus parientes llegaban apurados, con una cara de pena ceremoniosa, estrechaban las manos de sus hijos abrazándolos y besándolos en las dos mejillas mientras les decían al oído palabras cariñosas.

El personal del servicio funerario lo había hecho bien. Acomodaron su cuerpo y lo dejaron tendido allí como en el más confortable de los lechos. Encendieron a los cuatro costados unas luces en forma de velas para que todos pudieran

apreciarlo mejor a través de una pequeña ventanita en donde su rostro sin gestos aparecía para que le dijeran adiós.

Al principio había gritado con todas sus fuerzas pero, rápidamente, había comprendido que era inútil. Poco a poco fueron llegando todos sus hijos y sus nietos quienes, a medida que llegaban, se ponían a llorar.

Al menos era comfortable ver esas espontáneas manifestaciones de cariño, muestras claras de cuanto lo querían y del dolor que les provocaba verlo así, en ese estado.

Pero él estaba bien. Tranquilo.

En eso llegaron los vecinos y el ambiente comenzó a ponerse denso entre tantas personas amontonadas como nunca en aquella habitación. Lo besaban en el rostro sin que él pudiera sentir nada. Era extraña esa sensación de estar y no estar al mismo tiempo, observándolo todo como si fuera el espectador de una película.

Por la noche lo dejaron solo. Sumido en un silencio casi sepulcral. Entonces recién tuvo tiempo para echar una mirada a su vida.

Pensó en lo feliz que se pondrían todos aquellos

que habían deseado su desgracia de todo corazón. En esos que por fin podrían aspirar a un ascenso profesional gracias a su ausencia desde ahora definitiva. Pensó también en su perro y en como lo extrañaría todas las tardes cuando con infaltable cariño le llevaba su comida y éste movía su cola especialmente para él.

Podía ser que también lo echaran de menos en la garita de los juegos hasta donde llegaba impajaritadamente cada viernes con su cartilla ganadora. El hombre del servicentro, también.

Por su mujer no tenía porque preocuparse. Todos sus hijos eran grandes y había dejado para ella una suculenta suma de dinero pactada con una compañía de seguros.

Habían tenido una vida larga y bendecida, sin grandes tropiezos y muchas pero muchas veces habían conversado sobre este posible acontecimiento. Ella iba a cumplir con el duelo, junto a sus familiares y amigos. Derramaría muchas lágrimas pero, continuaría su camino hasta reencontrarlo más adelante nuevamente.

Por último, nada tenía en su consciencia que le

pesara de algún modo inusual. No había sido ni bueno ni malo, según él.

El día llegó y con éste, la gente de la funeraria, otra vez.

Ellos lo llevaron al que sería uno de sus últimos paseos por este mundo. Lo instalaron frente al altar en una iglesia y nuevamente vio a la gente llorando desfilar frente a su ventanita. Ahora incluso pasaron junto a él personas a quienes ni siquiera conocía. El cura dijo unas palabras a las que, premeditadamente no puso atención.

¡Pamplinas! dijo él. Luego vio como lo rociaban con agua, mientras el llanterío de los presentes aumentaba.

Después lo volvieron a pasear. Y esta vez el paseo fue más largo porque cruzaron toda la ciudad. Hasta que en un lugar distante lo pusieron sobre una especie de camilla con ruedas y lo arrastraron cruzando por lóbregos, silenciosos portales de cemento y metal.

Al final del camino se juntaron todos para decirle el, ahora si, último adiós. Algunos cantaron, otros rezaron el rosario y otros no pudieron siquiera pronunciar una palabra, entre

ellos su mujer.

Después de un rato prudente se marcharon y entonces él les gritó. Olvidándose de que ya no lo podían escuchar.

No fue hasta entonces cuando por fin murió, definitivamente, junto al ruido de los pasos de los suyos que desaparecían en la distancia, allá al final del corredor?

LA OTRA ORILLA

Primer capítulo

Cuando pienso en mi vida, en cómo va mi vida, me incomodo, me irrito. Sobre todo cuando me doy cuenta de lo condicionado, manipulado e impotente que he sido y que soy, de lo poco efectivas que han resultado todas mis ideas y acciones para librarme de la verdadera peste que eso significa. Cincuenta años y recién estoy aprendiendo a ver en la oscuridad, entre líneas. Siempre me pregunto ¿cuántos más habrá así como yo, a manotazos con la vida, con la historia, con la familia, consigo mismo y hasta con Dios, por qué no... Estrechos en ese traje en que respiran. Desconfiados en extremo, fruto de las reiteradas decepciones de las que hemos sido víctimas?

No. Si no es fácil. En eso no hay quien me contradiga. Al menos alguien lúcido.

Así es que ahora estoy pensando en cómo poder forzarle la mano a la existencia, si acaso esta locura es posible. Pienso dejarlo todo en las

manos de Dios. Así como se lee: Entregarle mi vida entera, mi matrimonio, mi trabajo, mis cabros y mis sueños. Lo veo difícil, pero debo pensar que para Dios todo es posible. Inclusive el seguir pagando los estudios de mis hijos, tener para pagarle un sueldo a la empleada, mantener la familia, pagar las contribuciones y las cuentas atrasadas. Además de eso, hacer que yo me sienta en paz conmigo mismo. Y feliz.
¡¡¡ Puchas que me gustaría ser feliz !!!

Lo he reflexionado bastante, la decisión la tomo después de haber optado como primerísima opción por la ciencia sacrosanta. Si, como buen burgués consciente de los mil y un beneficios de la modernidad, en un principio decidí visitar a un especialista. Por esas cosas de la vida el tipo estaba tan reventado que al final parecía yo el psiquiatra y él el paciente. Fue increíble, sobre todo porque además, no sé por qué le pagué los \$25.000 que me cobró por la consulta.

El mismo venía saliendo de una terrible depresión que le había significado una semana en una clínica y la pérdida de su mujer. Me contó todo su drama, al principio yo pensé que

era a modo de ejemplo, pero muy luego me di cuenta que el Sr. Doctor se había quedado pegado en esa tranca y que necesitaba hablar, hablar, hablar y hablar. Finalmente, entre medio de sus cuentos, me recetó unas pastillas para desacelerarme, pastillas que, según dijo, me pondrían a punto. Escéptico, tomé igual el remedio, y a decir verdad la cosa no cambió para mejor. Lo que si sucedió fue que después de un tiempo comencé a ponerme sumamente irritable si no tomaba la famosa pildorita. Llegué a ingerir hasta cinco veces la cantidad recetada, para poder calmarme un poco.

En otras palabras el remedio resultó peor que la enfermedad. Yo sé porque lo digo. Me tomó bastante tiempo el dejar de ser adicto. Por eso, después de pensarlo y repensarlo, mi única oportunidad puede ser que Dios exista realmente.

Si, porque ya no resisto más esta mierda. Eso de ir todos los días a la oficina y ver como los otros ganan plata a costa de mi trabajo. Trabajo como un negro y al final la plata apenas me alcanza. Todo el santo día estoy ocupado en los asuntos de la empresa. Que los intereses de la empresa aquí, que los intereses de la empresa allá. Si yo pudiera dar hasta mi sangre

por el bien del negocio yo creo que me lo exigirían sin tener que pensarlo mucho, y rapidito. Pero, ¿qué hago, qué puedo hacer? Se imaginan ustedes a la Cecilia sin tener parafina para la estufa, o sin gas para darse una ducha o cocinar un buen pescado al horno. Y los niños como me perseguirían exigiéndome la plata para la micro, o para los materiales escolares, o para las cuotas del curso. Es imposible. Esto de cambiar de vida es imposible. Mejor será que desista. Lo lógico sería que me convirtiera, de una vez por todas, en un buen tornillo de esta imponente máquina trituradora que nos vigila y reglamenta. Aunque ya siento que tengo fe. Dios me va a librar de todo eso. No tengo que hundirme, sino caminar sobre las aguas.

Claro que yo no digo que no sea rico el comprarse sus cositas. Hay tantas. A lo mejor ese es precisamente el problema, porque cuando tengo una al tiro empiezo a querer la otra. Y eso que no me considero un consumista. Esos son otros. Si lo soy, soy el primero en condenarlo y arrepentirme. Reconozco que es rico aquello de la compra impulsiva, de tener siempre la última tecnología, de los viajes al caribe, pero estoy cansado. En vez de ir a la iglesia he ido a los

moles. Por eso a lo mejor, cuando estoy en dificultades y le pido a Dios, no me responde. He buscado en el lugar equivocado, pues hasta ahora no he logrado sino un vacío enorme que pueblo con cosas compradas en las grandes tiendas comerciales.

Cecilia me reclama que soy inestable, porque no estoy nunca contento con mi trabajo, (hay tipos que no ganan ni la mitad, me dice) y porque siempre ando buscando cómo librarme de lo que yo considero la enajenación más espantosa. Igual me he levantado de madrugada durante 25 años para que no falte nada en la casa. Ella no me entiende. A lo mejor es normal que la mujer sea más pragmática y esté velando siempre por los intereses materiales de la familia. Pero no por eso, digo yo, me voy a morir abrutado mirándole la cara al jefe, juntando las colillas de un sueldo de esclavo.

Juro, juro que si Dios no me tiene misericordia, no sé lo que hago. No sé lo que hago.

Hoy es otro día, llegué temprano a la oficina, cuando todavía no llegaba ni el junior, y ya tengo ganas de irme a cualquier otro lado. Luego habrá demasiados papeles dando vuelta,

demasiados teléfonos sonando, la voz de ese que ya casi no resisto y las intrigas cotidianas que no faltan. Tengo que aguantarme hasta el próximo lunes. El próximo lunes me pagan nuevamente. Porque como dice mi mujer: con plata se compran huevos. Como si yo no lo supiera. Si es precisamente eso lo que me tiene por el suelo. Todo es plata en este mundo y nadie se salva. Nadie.

A veces pienso que de lo que estoy realmente cansado es de mí mismo, de tener que ser siempre tan complaciente y diplomático por temor a que mi castillo se derrumbe. Es decir me refiero a mi casa, a mis dos autos, a varios televisores, dos equipos de música, un computador con impresora, dos teléfonos, una lavadora, una secadora, un microondas, un congelador, etc. etc. etc. Pero sobre todo me refiero a esa enorme condena que cuelga de cada una de sus paredes: la de tener que mantenerlo y hacerlo crecer indefinidamente, sin poder permitirme siquiera un respiro. Porque de eso se trata la cosa: el castillo. El famoso patrimonio. Yo. Yo ya estoy hasta la coronilla... Llegó mi secretaria. Buenos días don Edmundo, me dice.

A medio día tuvimos una reunión con dos tipos que nos traían, según ellos, el negocio del año. Y parece que en verdad era bueno el negocio. Pero a mi qué me importa, si yo ya casi estoy fuera. No me interesan las cifras ni mucho menos el éxito. Al menos ese tipo de éxito. Mi jefe está contento, sin embargo. Radiante. ¿No sé cómo puede contentarse con eso? No lo entiendo. Es que para él lo único que parece tener sentido en su vida son los negocios. A mi, hasta pensarlo me desagrada. No nos parecemos en nada. Todas sus decisiones son interesadas en el bien de la empresa. Y las toma aún si tiene que pasar sobre la cabeza de uno de sus semejantes. Es frío y duro como un cuchillo. A lo mejor es lo que les enseña a sus hijos: a nadar bien en esto del mercado; a sacarle partido a la famosa ley de la oferta y la demanda, que para él debe ser más importante que la misma ley de Dios.

A veces le echa la culpa al directorio (que es como echarle la culpa al empedrado). Dice que lo presionan. Otras veces dice simplemente que business es business. Que él tiene que hacer lo que tiene que hacer. Para eso estudió tantos años y se ha fortalecido en las aguerridas trincheras del mercado. A él entonces no le tiembla

la mano. Por eso goza de la admiración de sus pares. Es un maricón sonriente de los mejores. Y si a alguien no le gusta, ahí está la puerta, que es bien ancha, porque a nadie lo tienen obligado. ¡Que ironía, Dios mío!

Ni siquiera he querido decirle a Cecilia y los niños de la decisión que he tomado. Me creerían loco. Dejaré que Dios se encargue también de eso más tarde, seguro que El lo hará sin problemas. En todo caso se nota como me aumenta la fe. Poco a poco voy perdiendo el miedo y el convencimiento que hago lo correcto me posee. Ya casi estoy confiando plenamente en Dios. Es algo increíble. No sé por qué no lo hice antes. Siempre pensé que esas eran puras pamplinas, cosas de locos de atar, de esos cualesquiera que andan sueltos por las calles. Pero ahora es diferente. Completamente diferente. Ahora sé que El es la solución de todos mis problemas. Lo que sucede es que esta cuestión es un salto en el vacío. Uno tiene que darlo aún sabiendo que el asunto es casi imposible. Por eso es difícil.

Aún así, le he dado tantas vueltas. No pienso quedarme por cobarde. Yo voy a pasar a la otra

orilla. A los cincuenta años voy a emprender finalmente el vuelo de forma definitiva.

Me imagino la cara de Cecilia cuando le cuente que desde ahora en adelante será Dios el proveedor de la familia. Seguro que tendré que sostenerla en su flaca fe, y hasta mimarla un poco al principio. Porque todo cambio produce una crisis, luego viene después el orden y el acomodo.

Seremos más felices. De eso estoy seguro. Es lo único que importa. No hallo la hora de que pase el fin de semana y llegue entonces el lunes.

Segundo capítulo

Tengo ahora en el alma la indescriptible sensación de haber cumplido con mi propósito. Siento también la ansiedad que produce lo imponderable y desconocido.

Me lancé a lo increíble, haciendo uso de todas mis facultades. Desde hace una semana el único y exclusivo soporte de mi existencia es el Altísimo. Soy una nueva criatura, lista para el ejercicio de una nueva vida. Creo que Cecilia aún

no lo asimila y que más bien esto le ha producido un shock del cual todavía no se repone. De pronto miro a esos que fueron mis compañeros en su disfraz de burócratas, en sus desgraciadas vidas de empleados, y juro que me dan pena. Yo me siento libre como un pájaro. Tan libre que he comenzado a disfrutar hasta del aire que respiro. Cayó de mis hombros un peso enorme, ya no me abruman esas odiosas frustraciones e impotencias que me sometieran por años. Parece que mi fe creció hasta tocar el cielo. Y entonces: ¡BUM! ¡VOILA! He aquí el nuevo Edmundo Jaramillo Corrillos, ciudadano del cielo. Antiguo títere de ese otro mundo en manos del demonio.

Han pasado los días y, gracias a nuestros ahorros, todo va viento en popa. Debería agradecer a Dios que nos haya permitido ahorrar durante tanto tiempo, aún si para la familia eso siempre significó la postergación de algún sueño. Me acuerdo como íbamos, mes tras mes, dejando de lado una parte de nuestros ingresos. Para las vacas flacas, nos decíamos. Y claro, aunque éste no es el caso, me atrevería a decir que es de esto de lo que Dios se está valiendo para proveernos por ahora. Sé, positivamente,

que Dios tiene preparado algo fantástico para nosotros. Por otro lado, Cecilia me salió más difícil de lo que había pensado. Dale con preguntarme qué es lo que haremos cuando la platita ahorrada se nos termine. Mujer de poca fe, le digo. ¿Si Dios es el único que puede crear algo de la nada, por qué no creerle? Además, ¿no dijo que tuviéramos fe y lo otro nos sería dado por añadidura?

Más fe es lo que te hace falta. Pero te lo aseguro, él nos tiene preparado algo maravilloso. Maravilloso.

Tengo que reconocer, sin embargo, que después de todos estos meses la cosa se ha ido complicando. La espera por el signo y la provisión de Dios se alarga y ya casi nos gastamos todos los ahorros. Pero lo peor es que me toca ver a Cecilia por todos lados con su dedo acusador diciéndome: te lo dije. Y aunque confieso que ahora me es mucho más difícil no perder la calma, igual le repito que todavía no está todo jugado, que hasta que no se acabe el último peso, no podemos decir nada.

Pero hemos perdido la comunicación. Todo empezó cuando tuve que decirle que teníamos

que achicar el presupuesto que destinamos a la comida. Ella se puso como una loca y me preguntó si yo pensaba quedarme así, esperando no se sabe qué, mientras la plata se nos acaba. Yo que creía que estábamos de acuerdo, en ese preciso momento me di cuenta que en realidad íbamos, por decir lo menos, por caminos separados. Entonces comenzaron las recriminaciones. A medida que las cuentas sin pagar se juntaban y mientras yo, apretando mis dientes callaba reteniéndome, para no caer en alguna mala jugada de esas con que el demonio nos tienta para que abandonemos.

Fue sólo cuando me vi obligado a no pagar la universidad de uno de mis hijos que empecé a ponerme un poco nervioso. Porque está bien apretarse el cinturón, comprar menos de tanta banalidad, pero que tiemble el futuro de nuestros hijos eso, eso lo encuentro más complicado. Claro que no dije nada y elevé mis ojos al cielo pidiendo explicaciones. Alguna razón tendrá Dios, me dije, pero seguro que no falla. Eso dije, pero confieso que esa noche me costó cerrar los ojos, una especie de angustia galopante no me dejó dormir tranquilo. Odio tener que admitirlo.

Las próximas semanas fueron más, cómo decirlo, más delicadas. Cecilia blasfemó finalmente contra Dios y se puso firme en su trinchera. Si yo no hacía algo, inmediatamente, podía agarrar todas mis perchas y desaparecer de sus vidas. O sea que me ponía de patitas en la calle. Ella no estaba para pasar pellejerías y mucho menos para soportar un día más lo que ella llamaba "mi bendita locura".

Yo no estaba cumpliendo con mi rol de padre, de marido, y me recomendaba con todo el amor que me tenía, precisamente porque todavía me amaba, que visitara algún otro especialista, de esos que son capaces de sanar las almas más desquiciadas. Para qué les digo el grito que puse en el cielo. Si Dios no es sordo tiene que haberme escuchado. Allí estaba yo, abierto, entregado, negándome a creer lo que veía, empeinado en la espera, y ni Dios, o una señal siquiera de que él estaba conmigo, aparecía.

Hasta unos lagrimones se me escaparon. Dos días más y tendría que pedir plata prestada. El próximo viernes.

El viernes siguiente tampoco hubo una respuesta de parte de quien me la esperaba. Muchas veces había leído sobre la vida de per-

sonas que, en el último momento, cuando ya todo parecía perdido, ocurría el milagro que cambiaba todas las cosas. Pero en este caso pasaban los días. Y nada.

Cecilia, francamente disgustada, no me hablaba, nuestros hijos me eludían. ¿Dónde estaba Dios? ¿Dónde estaban las añadiduras que esperaba y que me fueran prometidas? En ese momento hubiera dado cualquier cosa por tener mi antiguo empleo y comencé a hundirme hasta ahogarme. Pensé que ahora, a Dios, no quería verlo ni en pintura. Pero también tuve un sentimiento de tristeza por saberme abandonado. ¡Padre, Padre, por qué me has abandonado!

La cosa empeoró, a pesar de mis largas y profundas oraciones. Nos cortaron el servicio de la luz, también el del teléfono. Para qué decir de nuestra relación de pareja que se puso, inevitablemente, de atroz color de hormiga. Era como si hubiésemos caído en un pozo sin fondo. Ni siquiera la venta de nuestras cosas, por lo demás en condiciones regaladas, nos ayudó a levantar cabeza. Desde entonces nos cubrieron las deudas y los acreedores, en vez de cubrirnos ese manto de paz y bendiciones que hace tanto tiempo esperaba. Era un desastre. Un cata-

clismo tan grande como para hacerme renegar, desistir de todo, incluso para mandar a Dios a la punta del cerro. Que cosa más odiosa. Pero cierta.

Así pasé de ser un cristiano fervoroso a un ateo complicado, decidido a enfrentar sin miramientos la cruda realidad. Se acabó, le dije a Cecilia, y fue como si despertara de un sueño. Un largo y profundo sueño. Ya no creería más en la panacea de un milagro. Ya no seguiría más esperando, tratando de adivinar de qué manera, en qué ocasión y dónde, Dios nos abriría definitivamente la puerta al reino de los cielos. El día en que él con su infinita potencia y benevolencia nos entregara lo que necesitábamos para vivir en paz y ser felices. Todo eso me parecía ahora de una ingenuidad alarmante. Reconozco que estuve a punto de perder la cabeza.

Tercer capítulo

¿Y ahora...Qué? Después que ni la ciencia ni Dios me fueron propicios, ¿me queda algo acaso?

Si. El suicidio, la limosna o la soledad de un

vagabundo. Todas alternativas no muy agradables.

De algún lado tienen que salir los recursos. Con plata se compran huevos. Es bueno acordarse. Claro que a mi edad es difícil encontrar de nuevo un trabajo. Por lo que debía pensar en alguna posibilidad más realista, me dije. Aunque no niego que ahora más que nunca necesitaba un milagro, justamente cuando ya no creía que éstos pudieran realizarse.

El suicidio hubiera sido la salida más fácil. Pero demasiado cobarde no me decidí nunca y al final lo deseché como otra de esas posibilidades fantasiosas.

La limosna, ya hace un par de meses que la venía practicando y estaba consciente que ésta duraría hasta que mis generosos benefactores se cansaran de mantenerme. Cosa que, seguramente, harían muy pronto.

¿La soledad de un vagabundo? Por ahí me veía más cerca. Sobre todo si Cecilia cumplía con su amenaza. Tengo que decir, que justo entonces, no estaba de lo más ocurrente. No sé por qué en ocasiones como esas se me pone la mente en blanco. Es como para agarrarse a cabezazos.

Al final se me ocurrió algo. ¿Acaso no estaba yo en contra del sistema, de ese poder del dinero que nos somete y perjudica, volviéndonos sus víctimas sumisas? ¿Y acaso esto no me daba licencia para poner en práctica hasta el más descabellado de los planes, haciendo despertar dentro de mi el rebelde, quien lo único que quiere es ser compensado? Me acordé que hace algún tiempo estaban de moda los asaltos a un banco portando un papelito. Desde entonces en adelante pasé muchas noches en vela, pegado al techo, pensando en cómo llevar a cabo una operación bancaria como aquélla, tan peculiar y suculenta.

Para despistar a mi familia cuando llegara la plata compré un boleto de lotería. Tenía que probar mi suerte.

Una mañana salí decidido a terminar con mi situación de hombre de clase media venido a menos. Me afeité, me puse mi mejor traje, hasta que me vi como un hombre "aceptable". Esperé que dieran las diez de la mañana y me persigné sin siquiera pensarlo. Luego me fui al banco. Hacía tiempo que no entraba en uno de éstos. Desde que me quitaron la chequera y me cerraron la cuenta corriente. Siempre los en-

contré tan helados e impersonales.

La cajera cuando leyó el papelito se puso nerviosa, pero atinó, yo supongo porque me creyó lo del revólver. Me entregó más de cuatro millones de pesos en efectivo, ordenados y sujetos con unos elásticos. Me asombré entonces de mi propia sangra fría. Salí del banco como cualquier otro mortal. No tengo idea lo que pasó con la cajera que se puso blanca mientras me entregaba la plata. Dos cuadras más allá tomé sin problema la micro. Y en mi casa, esa misma noche, le di a mi familia la buena noticia de ese golpe de suerte, cosa que hizo que a todos les volviera el alma al cuerpo. Casi me alcanzó para pagar gran parte de mis deudas, pero sobre todo me fue muy útil para descubrir e incentivar mi hasta ahora muy escondido espíritu de trabajador independiente.

Diecisiete veces repetí el mismo truco, mi presupuesto pasó del rojo vivo al azul celestial. Negocios, les dije a todos, los que hasta me aplaudieron por haber sido capaz de haber realizado un cambio tan extraordinario como ése: pasar de ser un empleado sin futuro ni gloria a un comerciante de éxito.

Yo me reía callado, para mis adentros. Si cono-

cieran mis negocios...No faltó quien, de manera muy, pero muy reverente, me aseguró que esa era la respuesta de Dios a mi decisión de seguirlo. Que Dios demora pero no falla, me dijo, que la prueba más evidente era todo ese bienestar que ahora disfruto. Hasta Cecilia me anduvo insinuando algo parecido y la vi más dispuesta a creer en Dios desde entonces. No habría sido prudente de mi parte el desmentirlos. Porque lo único importante era que por fin mi familia parecía volver a la normalidad. Hasta podía permitirme ser generoso con mis hijos. Y también con la iglesia, la que enterándose de lo que se dio en llamar " mi victoria en la fe", se acercó para aplaudirme.

La historia es inaudita. Soy el primero en reconocerlo. A veces yo también me pregunto si Dios habrá tenido que ver algo en todo esto. Al menos en esa sabia decisión que tomé después de juntar mis milloncitos. Esa de retirarme invicto. (Dejando a un lado la ambición que hubiese podido perderme, mandándome tras las rejas). Y dedicarme a disfrutar del tesoro acumulado, como si fuera un gran burgués en vacaciones permanentes?

LA ÚNICA Y VERDADERA HISTORIA

1

Salomón caminaba absorto en sus pensamientos, atravesando las calles casi sin mirar, distraído, preocupado dándole vueltas en su mente a lo que creía ser su desgracia, la causa de su fracaso, la evidencia misma de su mediocridad. Es difícil aceptar que no se es lo que se cree ser, en su caso: un escritor. Porque un escritor es alguien que escribe, no que sólo sueña con escribir, y él se pasaba todo el día soñando con hacerlo, sin lograr reunir con cierta coherencia esos ansiados y delgados signos sobre una hoja de papel. Por supuesto aquello lo desesperaba como pocos pueden siquiera imaginar.

Pero -así es la vida- y la mayoría de la gente decide seguir viviéndola -se dijo- tratando de reponerse, de justificarse a sí mismo. Entonces empujó con fuerza las pesadas puertas que daban al recibidor de la estación de trenes arrastrando el bolso donde llevaba sus escasas pertenencias. Apenas hubo traspasado el pórtico sintió que, sorprendentemente, una mano se

apoyaba en su hombro. Enseguida levantó la cabeza para mirar y, al verla, soltó el bolso y abrió los ojos como si viera un fantasma. Fue algo así como una aparición, una sensación inesperada.

-¿Eres tú? balbuceó, no puede ser. Tú estás muerta -le dijo- es imposible. Estoy soñando. Luego se refregó los ojos para volverla a ver frente a él medio borrosa, como un espejismo.

En verdad parecía ser ella, Anastasia Elgueta Fernández, tez blanca, 30 años, alta, unos 55 kilos, ojos verde pardo, elegante, educada, soltera, y fallecida de una enfermedad fulminante hace algunos años.

Incluso había asistido a su funeral, consolado a su madre y abrazado a sus hermanos.

-Esto no puede ser, se repitió varias veces.

Acto seguido le echó la culpa al abuso del alcohol y drogas, los que ahora sin duda le pasaban la cuenta, le hacían ver visiones que parecían tan reales. Anastasia seguía frente a él.

-No te asustes -dijo ella- imagino lo que debes estar pensando. Pero todo tiene una razón. ¿Me entiendes? Sígueme. Ya verás que no hay que temer. Después le dio la espalda y caminó, segura de que la seguiría.

En ese momento tembló. No fue más que un ligero estremecimiento, una sacudida sin importancia, aunque para él fue como si este pequeño sismo le anunciara una catástrofe. Anastasia lo miró directo a los ojos y le tomó las manos para calmarlo. El se dejó. Porque en momentos como ese hacía cualquier cosa: entraba en pánico, temblaba, sudaba, imaginaba cosas terribles y ahora, incluso hasta se dejaba consolar por una mujer que estaba muerta.

Ambos se sentaron en un banco, en el silencio de la estación de trenes que parecía estar desierta, sin un alma.

-Estoy soñando -se dijo. Si, eso tenía que ser, estaba soñando, ¿que duda cabía? Era la única explicación posible: un sueño. A veces soñaba cosas incomprensibles.

Entonces se pellizcó. Pero Anastasia aún estaba ahí.

-¿Acaso no te alegra verme?, preguntó ella.

-Si, claro, respondió él. Es sólo que... e intentó ponerse de pie, sin lograrlo. Estaba nervioso. Miraba hacia todos lados buscando a alguien que pudiese venir en su rescate. Pero nadie entró ni salió del enorme recibidor. Es un sueño, no hay duda, -se dijo una vez más- de un momento a otro voy a despertar. Más tarde quiso gritar,

para ver lo que pasaba. Y no pasó nada. Todo siguió igual. Estiró sus brazos y la tocó con sus manos. Ella respiraba y sintió como le latía el corazón, como si estuviera viva, como si hubiese vuelto a la vida. Estaba radiante, calmada, parecía no tener apuro y estar dispuesta a esperar todo el tiempo del mundo.

-Pero, ¿qué es todo esto?, preguntó Salomón finalmente. Era increíble que un sueño pudiera ser tan real y que, además, tuviera conciencia de estar soñándolo. Ahora necesitaba respuestas. De lo contrario quería despertar. Ya era suficiente.

Esa mañana había hecho su maleta y decidido cambiar de situación, de paisaje. No podía continuar con la carga de sentirse impotente, de ser un fracasado. Más aún, no podía soportar el tener que pasar por la vida como una persona cualquiera, sin aciertos, sin logros, siendo uno más entre los mortales, incapaz de crear. Ese era su tormento. Había cruzado la ciudad con el corazón cargado con estos pesares y no estaba seguro de querer seguir envuelto en un sueño tan disparatado. Ya tenía bastante con su vida mediocre, sin futuro para tener todavía que soportar cosas tan extravagantes. Anastasia estaba muerta. El lo sabía. Eso era todo. No estaba

para historias. Cuando dijo esto sonrió, lo encontró tan irónico. No era capaz de contar una historia. Ese era precisamente su problema. Entonces volvió a instalarse en su mente la misma sentencia atroz que no le permitía conciliar el sueño: un escritor que no escribe no es un escritor.

2

Muy pronto le pareció que el tiempo había pasado sin que se diera cuenta. Anastasia se puso de pie y le dijo que ya era el momento.

-Vamos, acompáñame. El tren está por llegar, tenemos que abordarlo. Luego se dirigió al andén, el único andén de la estación, donde un tren tomaba posesión en completo silencio.

Salomón la siguió. La vio dirigirse decidida a uno de los carros y subir en éste como si entrara a su casa. Apenas él puso un pie en el escalón para subir al vagón el tren hizo sonar un pito y se puso en movimiento. No había ningún otro pasajero en el andén, pero el carro estaba lleno. Cuando abrió la puerta una ola de voces y ruidos lo golpeó. Era como venir de un mundo de silencio y entrar a uno de innumerables ruidos. Los pasajeros se desplazaban y conversaban sin

prestarles siquiera atención. Anastasia había tomado asiento en uno de los bancos y lo esperaba.

-No te preocupes -le dijo- yo te presentaré a todo el mundo. El viaje es largo.

Salomón acomodó su bolso y se sentó a su lado sin decir una palabra. El tren había partido no sabía hacia donde, pero ya lo había hecho y dejado en pocos minutos la estación. Anastasia le sonreía y de pronto comenzó a sentirse cómodo, extrañamente cómodo. Un inesperado sentimiento de bienestar le embargaba.

-Los sueños no siempre tienen explicaciones, pensó, con la tranquilidad que le daba el tener la seguridad de estar soñando.

El tren ya estaba en marcha. Ahora sólo hubiese deseado tener lápiz y papel para apuntar esa experiencia. Por el momento seguiría el juego, el sueño. Ya tendría tiempo de analizar todo con más calma. Miró su reloj, pero éste se había detenido. Lo golpeó suavemente con sus dedos para ver si se ponía de nuevo en marcha, aunque fue inútil. Ella, que lo estaba mirando, le dijo que no tenía importancia.

El tiempo existe sólo como una ilusión. Aquí nadie lleva reloj. No sirven. Son inútiles.

El asintió, en verdad no tenía importancia. ¿Qué importancia podía tener el tiempo en un mundo como ése? El tren corría ahora a gran velocidad hacia un destino desconocido. Se acomodó en el asiento y, por un momento, cerró los ojos.

Cuando los abrió tenía sentado al frente un hombre más bien gordo, calvo, de unos 50 años, con ojos de color azul profundo, que le sonreía. Anastasia lo presentó como el señor Martínez. No dijo más y espero a que éste hablara.

-Bienvenido Salomón, (sabía su nombre). -Sé que esto le debe parecer terriblemente misterioso, o tal vez algo así como un sueño, pero usted verá que somos bien reales. Somos muchas almas que compartimos el viaje. Familias enteras, padres, abuelos, hijos y hasta nietos, de todas las nacionalidades y razas. Viajamos por una razón muy especial, la que esperamos usted descubrirá muy pronto por sí mismo. -Esto es importante, por sí mismo, repitió-.

Anastasia nos convenció de que usted es la persona indicada. Aunque dejemos eso para más tarde, concluyó.

3

Salomón pensó que todo este misterio estaba como para contar una historia y de nuevo lamentó no tener papel ni lápiz. Eso siempre le ocurría, eran innumerables las ocasiones en que debía confiar todo a su frágil memoria, donde todo, -fuera lo que fuera-, terminaba perdiéndose. Para su desgracia era un típico escritor sin lápiz. Cuando más lo necesitaba, nunca tenía uno a mano. En ocasiones como esas hubiese querido ser como aquéllos a quienes un lápiz les dura toda la vida. El los compraba por docenas y desaparecían, se esfumaban sin explicación, para no estar cuando más los necesitaba.

Su curiosidad había aumentado. El hombre había dicho que tenía algo que proponerle y de seguro Anastasia también debía estar al tanto.

Entonces le preguntó: -¿Qué pasa? Ya es hora de aclarar las cosas, le dijo.

Anastasia en vez de responderle se puso de pie y lo invitó a levantarse.

-Mira, quiero mostrarte algo, ten paciencia, acuérdate que lo importante es que lo descubras por ti mismo. El pasillo del vagón estaba infestado de gente. Tuvieron que pasar entre una verdadera multitud que se ocupaba en los más

diversos menesteres. Muchos sólo conversaban, otros cantaban como si fueran cantantes de ópera, otros lloraban y cubrían sus rostros con las dos manos. También había niños que jugaban entre medio de los adultos, saltando, escondiéndose entre medio de sus piernas. Era un verdadero manicomio ventilándose en ese pasillo estrecho. -Cosas de sueño, se dijo, y la siguió entre medio de la turba.

Por fin Anastasia llegó al final del carro y abrió la puerta para pasar al vagón siguiente.

Este vagón no se parecía en nada al anterior. La muchedumbre y su bulla terrible habían quedado encerradas en el otro carro. Una música ambiental llenaba tímidamente el espacio bañado por una tenue luz azulina. En su interior podían divisarse algunas sombras que parecían moverse al ritmo de la música. Salomón, sorprendido, quiso dar un paso atrás, pero Anastasia lo detuvo, diciéndole:

-No cualquiera puede ver lo que tú ves ahora. Ninguno de los pasajeros del otro vagón puede siquiera asomarse hasta que no llegue su hora.

-Pero no sé si esta parte del sueño me interesa, dijo él.

-Te gustará, te lo aseguro. Estás a punto de descubrir una verdad que te abrirá los ojos.

-Y quiénes son ellos, preguntó Salomón, indicando con el dedo hacia las sombras.

-Personas con cuerpos al borde de la inexistencia corpórea y por lo tanto menos definidos, o si tú quieres, almas casi desencarnadas, a punto de desligarse definitivamente de su última cáscara. Como frutos maduros a punto de caer ahora están en búsqueda de aquello que las libere para siempre, deshaciendo sus últimos vestigios de personalidad. Entonces calló. No quiso decir más. No quería asustarlo. Hay verdades que sólo se comprenden en pequeñas dosis.

Al escuchar esto Salomón pensó que era demasiado y deseó con todas sus fuerzas despertar, pero no pudo. Algo lo mantenía atado a ese mundo extraño.

Anastasia se negaba a desaparecer. El viaje continuaba. Las sombras persistían en su danza. Se pellizcó una y otra vez hasta cansarse y desistir. No había caso. Se vio condenado a una pesadilla terrible, aunque de súbito, de nuevo sintió esa sensación de bienestar que lo embargara anteriormente.

Entonces respiró profundo y se abandonó a su aquí y ahora. Al sueño.

-La verdad es que no entiendo nada, dijo. ¿quién entendería? Pocas veces los sueños se entien-

den, lo sabía. Hay que tomarlo con calma. Cuando Anastasia lo vio más repuesto, continuó. -Por ellos estás aquí. Te necesitan. Entonces Salomón sonrió. Hacía tiempo que nadie necesitaba de él. Al contrario, su percepción era que la gente parecía rechazarlo, la sociedad lo rechazaba, los editores que ni siquiera leían sus escritos. Además no había escrito nada hacía tiempo. Sufría una sequedad espantosa que lo había llevado a dudar de sí mismo como un hombre de letras. Y ahora le decían que era necesario. ¿Necesario, para qué? Fuera lo que fuera no podían haber elegido más mal - pensó. A menudo sentía rabia de todo y de todos. No tenía nada que dar a nadie. Por eso mismo había decidido hacer grandes cambios en su vida, después de comprender que como escritor no era necesario en absoluto. No era más que un escritor sin futuro, incapaz de escribir una historia. Las empezaba, pero no lograba terminarlas. Los personajes le rehuían. Hasta que una y otra vez se daba por vencido y abandonaba, dejando el relato donde estaba, incompleto, inacabado. Esa era su vida. ¡Qué sueño más estúpido! ¡Que historia más absurda! No se puede pedir agua a un pozo seco. O peras a un olmo.

-Vámonos con calma -le dijo. Necesitaba un poco de aire.

4

En la pisadera, entre los dos carros, Anastasia intentó continuar explicándole.

-En este tren -le dijo- en realidad todos estamos, lo que los vivos llaman muertos. Tú tienes razón, yo estoy muerta. Es decir, ya no existo en ese mundo que se conoce como el mundo.

Pero al morir seguimos viviendo.

-¿Y yo?, preguntó inmediatamente Salomón, sobresaltado, ¿significa que yo también estoy muerto?

-No, usted no lo está, -escuchó la voz del señor Martínez que había aparecido de repente- usted es un caso especial. Muy pronto lo entenderá todo. No se preocupe.

-En este mundo, continuó Anastasia, vivimos con cuerpos más sutiles, menos corpóreos. En otras palabras, no estamos totalmente desencarnados, aún mantenemos nuestra forma. Aún tenemos una especie de cáscara que nos detiene en el lugar que fuimos destinados. En nuestro caso es un tren. Un tren que puede viajar por siglos sin un destino preciso. Existen miles como éste.

-Eso es, continuó el señor Martínez, miles de trenes con miles de almas como pasajeros, y como los trenes del mundo estos también tienen primera y segunda clase.

-La segunda -prosiguió ahora Anastasia- es la del primer carro, donde viaja el mayor número de almas. Muchos lo hacen ignorantes de la situación en que se encuentran. Este mismo tren tiene muchos otros carros como ese, repletos de almas ocupadas en los más diversos menesteres. Tú ya los viste.

Salomón sintió que las piernas le flaqueaban, pero supo permanecer consciente, escuchando. ¡Vaya historia! Pensó, algún gran escritor tiene que haberla escrito.

-En primera clase viajan sólo aquellas almas que poseen un grado de mayor desarrollo. Gente casi completamente desencarnada y a punto de pasar a otro nivel de existencia. A usted le deben de haber parecido sombras, continuó el señor Martínez.

-Si, sombras, sombras -respondió Salomón-, recordando aquellas del segundo vagón.

Lo cierto es que cada vez entendía menos y volvía a atribuírselo al sueño. En un sueño puede ocurrir cualquier cosa, es sabido. Así que la historia aunque no era verosímil si era perfecta-

mente posible.

Al menos -pensó- Anastasia había reconocido que no estaba viva. Lo que era una prueba de que no había perdido la cordura.

-Todas estas almas, prosiguió el señor Martínez, todas las de este tren, especificó, dependen ahora de su valiosa ayuda.

No terminaba de hablar cuando el tren hizo un movimiento brusco. Salomón vio que Anastasia y el señor Martínez se miraban sorprendidos. Por la puerta del vagón apareció una mujer que, visiblemente agitada, les informó lo que ocurría. Hay que hacer algo -les dijo- se han enterado de que hay alguien vivo entre nosotros y algunos se están organizando, formando grupos para enfrentar el acontecimiento. Lo increíble, continuó, es que parece que saben perfectamente lo que esto significa. Se dan cuenta. Alguien se los dijo. Y la voz corre veloz, al punto de que muy pronto la agitación va a ser generalizada. El vagón está que arde, concluyó.

El tren volvió a hacer un movimiento brusco.

-No podemos volver con él al vagón, dijo el señor Martínez.

-Que se quede en primera, acotó Anastasia, ya le explicaremos.

-Quisiera un lápiz y un papel, alcanzó a decir

Salomón, antes de que lo tomaran del brazo y lo condujeran de vuelta al vagón de primera clase.

Allí lo acomodaron como mejor se pudo. El vagón no tenía asientos ni ventanas. Anastasia se quedó con él, acompañándolo. Además, con la misión de terminar de contarle todo. Ahora ya no había tiempo para que él lo descubriera por sí solo. Esto había pasado en otros trenes con resultados desastrosos. A los muertos no es posible matarlos de nuevo. Por lo mismo en rebeliones anteriores se había puesto en práctica una ley draconiana. Las almas rebeldes eran marcadas y retrocedidas en la escala de la evolución, no quedándoles otras que volver a nacer como un animal o una planta. Había que evitarlo antes que el descontrol obligara a la santísima providencia tomar medidas sin retorno. Lo importante entonces era que Salomón ejercitará de una vez su oficio, que se pusiera manos a la obra, que usara su don.

5

Entre tanto, en el otro vagón, algunos se habían organizado y hecho un plan para aprovechar la circunstancia. Enterados de todo ya

sabían del subterfugio en el proceso evolutivo y conscientes de lo que esto podía significarles estaban dispuestos a arriesgarse. Un antiguo ladrón de baratijas había tomado el liderazgo. Diez o doce hombres y unas cuantas mujeres lo seguían. Se veían decididos y demandaban, como primera cosa, hablar con el señor Martínez. No harían concesiones. Querían al escritor y punto. Eso gritaban, alarmando a otros más temerosos. Pero era un hecho que todos en el vagón se habían enterado, era cuestión de tiempo que esto se expandiera a otros carros. La revolución estaba en marcha. Querían al escritor, que lo trajeran.

-“Señor Martínez”, gritaron en coro.

El señor Martínez se negó rotundamente a escuchar sus reivindicaciones, advirtiéndoles de lo que podía llegar a sucederles. Nadie podía entrar en primera clase si no estaba preparado y designado para ello. Las reglas eran claras. Aún así insistieron y amenazaron con tomarse el otro carro y el tren, con violencia, si era necesario. Lo que estaba en juego bien valía la apuesta pensaban ellos. Si no fuera por las mujeres que lograron aplacar ese masculino deseo de tomarse todo por la fuerza, hubiesen agredido en el acto al señor Martínez e intentado echar abajo

la puerta de ese carro de segunda clase, como si eso fuese posible.

Los ánimos se iban caldeando cada vez más y dos o tres pasajeros se sumaron al grupo.

-Les daremos hasta el anochecer, dijo el ladronzuelo.

6

Mientras, en el otro vagón, Salomón intentaba digerir lo que Anastasia le decía.

-El asunto es que necesitamos que escribas historias -le dijo ella. Si, historias en que ellas, las sombras, sean los protagonistas. Por motivos desconocidos llevan mucho tiempo sin desencarnar, en todo caso más de lo esperado, obstaculizando así que otros avancen en la escala evolutiva. Mientras ellas permanezcan de esa manera, todo está detenido. Por eso la sobrepoblación en los otros carros. Te hemos traído con la esperanza de que tú, con tus escritos, los exorcices, los liberes, les ayudes a dar el paso. Ya conocemos experiencias semejantes y han sido todo un éxito. Conocemos del tema. No te imaginas lo que de nosotros cuentan los escritores. Algunos han llegado a obtener el premio Nóbel. Salomón no podía creer lo que escuchaba

y se tomó la cabeza con sus dos manos. Si no había podido escribir una historia hace tanto tiempo. Si esto era precisamente lo que lo tenía agotado, frustrado, acabado. Podían haberle pedido cualquier otra cosa, pero no ésta. ¡Los colmos de la vida!

-Me urge despertar -se dijo- apretando los dientes y los puños.

-No es un sueño, tuvo que asegurarle Anastasia. Todo es tan real como el tren que comienza a sufrir algunas convulsiones.

Nosotros entendemos por lo que pasas -continuó ella- pero cada uno tiene un don dado por el altísimo, y el tuyo es contar historias. Además eso es lo único que puede ayudarnos en este momento. Si estas almas se ven viviendo en tus personajes cortarán por fin sus cadenas y darán tiro a la chimenea. Tienes que hacer un esfuerzo. Después de todo escribir es un acto de fe. Además, como te dije, seremos tu inspiración. Luego nos estarás agradecido.

Ahora sobre todo ten en cuenta que escribir no es un mero dejar vagar la mente por donde quiera que la corriente de la fantasía pueda llevarnos. Una vez avanzada la historia tiene ésta sus condicionantes, reglas propias

que exigen coherencia. Por eso la historia existe en alguna parte como un todo y es a esta trama ya existente que el escritor debe ceñirse, a medida que avanza en su relato. Miguel Ángel decía que la forma de una escultura estaba ya en la piedra, y que el escultor tenía que trabajar para dejarla a la vista. Con las historias sucede lo mismo, ellas ya existen, el escritor tiene que escarbar en su mente para, por así decirlo, desenterrarlas, desempolvarlas y rescatarlas del lugar en que se encuentran. De ahí la dificultad y el esfuerzo para enlazar imágenes mentales que pertenezcan a la misma historia ya existente, la que a medida que avanza se complica.

Toda historia es real -continuó- no hay historias ficticias, por muy fantásticas que parezcan. ¿Qué es lo real, qué lo fantástico? Ellas siempre existen y un escritor sólo puede reproducirlas al entrar en contacto con nosotros, aunque él mismo no lo sepa, no lo entienda. Nosotros somos quienes verdaderamente narramos la historia, los que describimos sus sucesos. Luego, los lectores penetran en ella por la mente del escritor a través del velo de sus palabras y nos descubren. Nosotros somos la causa de aquello que se llama inspiración, ese relám-

pago que desciende a la mente con deslumbrante luz y que ilumina el mundo. Los escritores en su mayoría no son conscientes de esto, sólo saben que les sucede de un modo extraño, inexplicable. Todo se juega de este modo. Nosotros somos sus musas y ellos a cambio nos liberan. Es un buen arreglo, ¿no te parece? Pensamos que te gustaría.

-Es que no sé qué pensar, fue lo único que dijo, mientras veía como las sombras se acercaban.

7

El ladronzuelo en el otro carro estaba inquieto, sabía por experiencia que cualquier cabo suelto, cualquier error podía traerle líos. No confiaba en ninguno de sus compañeros, pero dependía de ellos porque solo era muy poco lo que podía lograr. Entonces comenzó a tramarse un plan. Tuvo la idea de anotar los pormenores de su historia personal para tenerla lista cuando se encontrara con el escritor. Así podría ser uno de los personajes principales. A los demás no les dijo nada. Continuó azuzándolos, diciéndoles que esta era una oportunidad que no debían desaprovechar. Que así ahorrarían años de fatigoso viaje y dejarían de ser lo que eran para con-

vertirse por fin en seres libres. Antes, les dijo, ninguno de nosotros siquiera sospechaba donde llegaría una vez su vida terminada, y ahora estaban allí, juntos, impotentes, en una especie de purgatorio con ruedas. Por eso es que el escritor les venía como un anillo al dedo. Ahora sabían que este subterfugio, revivir como el personaje de cualquier historia, les permitiría dar un salto y acortaría su evolución. Era una ley. Podrían pasar rápidamente de segunda a primera clase, luego, quién sabe, al cielo.

Todos lo tenían suficientemente claro. Lo que no estaba claro era cómo hacer para que el escritor se ocupara de una historia en que ellos fueran los personajes. Sólo el ladronzuelo había tenido la idea de preparar su propio relato. Los otros, con menos ocurrencia, esperaban un milagro.

El ladronzuelo sabía que tenían que ir directo al grano, que todo estaba relacionado con el señor Martínez, quien era uno de los pocos que podía pasar de un carro a otro. Pero tenía que hacerlo con cautela, como cuando ejecutaba sus robos. Tramaba todo detalle a detalle. Para no inquietar a los demás que ahora seguían con expectación los movimientos del grupo. Lo mejor -pensó- era esperar hasta el anochecer.

Entonces daría la orden de capturarlo y enviaría a la mujer que también cruza las puertas, con un mensaje de advertencia y órdenes para que el escritor regresara.

El señor Martínez iba y venía de un carro a otro. Parecía no temer lo que todos sabían se estaba tramando. El ladronzuelo estudiaba cada uno de sus movimientos pues el señor Martínez era la primera llave para abandonar ese tren del que ya estaba hartó.

8

-Mi nombre es Segismundo Gevers Art dijo la sombra, durante mi vida fui ciego y pobre. Pasé muchos, pero muchos años en segunda clase, hasta que noté que las partes de mi cuerpo comenzaban a volverse livianas.

Entonces pude atravesar las puertas del carro sin problemas e instalarme aquí donde mi cuerpo perdió definitivamente su forma. En este vagón el tiempo no tiene mucha importancia así es que no tengo la menor idea de la duración de nuestra estadía. Sólo sabemos que un buen día dejaremos de ser lo que somos. Así es que esperamos.

-Mi nombre es Adolfinia Perez Cotapos exclamó otra de las sombras, interrumpiendo. Apenas

recuerdo quien fui. Es cierto, estuve casada varias veces y tuve algunos amantes. La vida nunca me fue muy clara. Tuve hijos, tampoco recuerdo cuántos. Partí del mundo cuando ya era una vieja. Lo que sí recuerdo es que la vida fue para mí una constante tormenta. A lo mejor por esto mismo es que he perdido tantos recuerdos. Recuerdo poco, continuó. Debo de haber estado también durante mucho tiempo en segunda clase y debo haber llegado aquí como los otros. Dicho esto, las sombras se alejaron al mismo tiempo y entonces se dio cuenta de que sólo quedaba una sombra más en el carro. Eran tres. No eran más que tres almas en todo el vagón. Tres almas que, según Anastasia, tenían detenida la evolución de cientos como ellas. Algo así como un tapón, un corcho, pensó Salomón.

Que increíble era que tan pocos pudieran perjudicar a tantos. Aunque, pensándolo bien, esto era perfectamente posible y común entre los mortales, desde siempre. ¿Por qué no también entre los muertos?

-Quien queda es una niña -dijo Anastasia- y es muy tímida, por eso no se ha acercado. Tienes que conocerla -continuó. Es un alma bella que sufre también sin saber porque continúa en ese estado.

-Son como una familia, acotó Salomón. El padre, la madre y la hija.

-Pero no lo son -respondió Anastasia- no se conocieron en vida. Ahora se cuidan y aman como si lo fueran. Se han acostumbrado los unos a los otros, más de lo que sería recomendable. Aunque, si en tu historia fueran familia, estaría bien.

9

Cuando llegó la oscuridad el ladronzuelo ordenó detener al señor Martínez y envió al vagón de primera, bajo amenaza, a la otra mujer con una nota perentoria.

El alboroto era grande entre los pasajeros, pero el ladronzuelo sabía lo que quería y siguió adelante con lo tramado. No podía permitirse debilidades. Menos cuando la posibilidad cierta de salir de ahí estaba al alcance de su mano. Había escrito unas cuantas anécdotas y llegado incluso a pensar que, sino fuera por esto o por lo otro, podía lo más bien haber sido un buen escritor. En ellas contaba lo de sus robos y arrestos, sobre sus largas temporadas en la cárcel, sus salidas, sus vueltas a delinquir. Para el escritor sería fácil caracterizarlo con todos estos datos.

El trabajo estaba casi hecho. Lo habría escrito todo él mismo si no estuviera muerto, se dijo, y comenzó a pensar en cómo lograr acaparar la atención del escritor.

Cuando envió la nota dejó en claro que de no cumplirse lo estipulado en ella el señor Martínez no podría moverse de donde lo tenían, el tiempo que fuera necesario y con las consecuencias que acarrearía, pues ya se sabía también que el señor Martínez era nada menos que el conductor del tren.

-Con este rehén no queda sino esperar, les dijo a todos.

10

-Pero no pueden hacer eso -exclamó nerviosa Anastasia- al recibir la nota. Han perdido la razón. No comprenden nada de nada. Es una locura.

Esta vez fue Salomón quien debió tomar sus manos para calmarla.

-No puede ser tan malo, le dijo.

-Es que tú no entiendes -dijo ella- puede ser más grave de lo que parece.

-Yo te había prevenido -dijo la mujer del mensaje- son muchos los que hacen grupo y pro-

testan. El señor Martínez es su prisionero. El se encontraba intentando terminar como podía con esos bruscos estremecimientos del tren, buscaba su causa, quería ponerle remedio para volver a la tranquilidad, pero ahora la cosa puede volverse negra si no lo sueltan. -Tienes que acceder a su petición -continuó- no hay otra salida. Quién sabe lo que puede suceder si no lo sueltan.

Salomón no pudo más con la curiosidad y comenzó a pedir explicaciones. Era desagradable estar ahí en medio sin saber lo que ocurría.

Todavía pensaba que todo no era más que un sueño, aunque le hubiesen asegurado lo contrario. Pero ahora quería, exigiría tener las cosas más claras. Tampoco deseaba continuar jugando en segunda categoría, siendo un escritor frustrado, acabado. Quería ser antes que nada persona, entender con lujo de detalles lo que estaba sucediendo.

Anastasia lo miró y lo puso al tanto de la situación.

-Te quieren con ellos -le dijo- porque quieren ser los personajes de tu historia. Han tenido la loca idea de querer doblarle la mano al destino, aprovechándose, aprovechándote. Quieren saltarse las etapas y evolucionar sin tener que

esperar su turno. No quieren entender que eso sería transgredir lo establecido. Pero en el fondo, -continuó- tampoco hay que culparlos por tener ideas tan descabelladas, porque por eso precisamente sólo son pasajeros de segunda.

Esto es un proceso. Un camino lento para desembarazarse de la personalidad y el cuerpo en que ésta se manifiesta. Y hay quienes lo supervisan todo sin dejar nada al azar. El peligro radica en que debido a esto pueden pagar justos por pecadores. Si este tren se descarrila...No quiero ni pensarlo.

Salomón soltó un suspiro. La historia se complicaba.

-Comience por contar una historia con nosotros, dijo la primera sombra acercándose nuevamente. Así le daremos tiraje a la chimenea y aunque ocurra una desgracia, al menos algunos se salvarán. No es preciso que sufran muchos por culpa de unos pocos, ¿no le parece? Póngase manos a la obra, verá que es lo mejor.

-Hágale caso, acudió en su apoyo la segunda sombra. Yo apenas me acuerdo, pero puedo aportarle algunos antecedentes que lo ayuden. Mi nombre es Adolfinia Perez Cotapos. Tuve varios maridos y muchos hijos, repitió como antes. También tuve amantes y mi vida fue muy

azarosa. Viví muchos años, eso puede servirle. Claro que no recuerdo mucho. Creo que esto ya se lo había dicho. Perdone usted si me repito. Hágale caso a Segismundo, él sabe lo que dice. Es un alma vieja. Y usted sabe, más sabe el diablo por viejo que por diablo.

-Es que no tengo siquiera un lápiz, dijo Salomón, con las manos.

En eso el tren volvió a sufrir una sacudida logrando hacerlos desestabilizar y caer al piso.

-Tenemos que apurarnos -gritó Anastasia- reincorporándose. Hay que liberar al señor Martínez, pensemos en algo.

Las dos sombras se alejaron de nuevo.

Por primera vez, después de mucho tiempo, me siento listo para escribir una historia -dijo de pronto Salomón- aún en el suelo, sin ocultar su alegría. Veamos que quieren los del vagón de segunda.

11

Cuando atravesó al otro vagón en éste se hizo un silencio profundo, desacostumbrado, y de la multitud apareció el ladronzuelo para recibirlo con claras muestra de agradecimiento y

respeto. Parecía un evento extraordinario. La recepción de un personaje importante. Las personas se habían puesto todas de pie y esperaban expectantes. El señor Martínez no se divisaba por lo que Anastasia tuvo que hacerse paso entre la multitud para llegar al lugar donde lo tenían. El silencio perduraba. Nadie osaba decir una palabra. El señor Martínez abrazó a Anastasia y tampoco dijo nada. Los dados ya estaban lanzados. Quién podía saber ahora lo que pasaría. Era mejor esperar y ver.

El silencio fue roto cuando el ladronzuelo decidió presentarse y explicar las razones a nombre de todos. En ese mismo momento alguien le pasó unas hojas de papel y un lápiz.

A Salomón esto le pareció un regalo inestimable. Algo preciso para el momento. Tal vez un signo. Ahora, así de nuevo, sin que nadie dijera nada, sintió el deseo de escribir, de llenar ese mundo con sus palabras. Estaba comenzando a ponerse ansioso.

El ladronzuelo le puso sus apuntes en las manos y aplaudió, sin dejar tiempo para suspicacias o preguntas indeseables. Después todos aplaudieron, hubo un momento de relajación que hizo que la tensión disminuyera, algunos se le acercaron para estrecharle la mano. Los niños aparecieron

también entre los adultos. La bulla se instaló de nuevo mientras el ladronzuelo lo tomaba del brazo para llevárselo a un banco de las últimas filas. El tren esta vez hizo un movimiento más brusco y tuvieron que sujetarse para no caer. -Problemas menores sin importancia -dijo el ladronzuelo- sonriendo.

En esos papeles que le he pasado están todos los antecedentes para que usted escriba una historia -continuó.

Necesitamos de sus palabras así como ustedes los vivos necesitan el aire. Usted puede ayudarnos.

-¿Qué quiere que haga?, preguntó Salomón.

-Ya le he dicho, escriba una historia. En sus manos tiene papel y lápiz.

-No lo sé, respondió Salomón. A mi me han dicho que esto es un error. Que no está bien tratar de doblarle la mano al destino. Además todo esto es un sueño bien extraño.

-No es un sueño -dijo el ladronzuelo. Si usted escribe nosotros nos salvamos. Esa es la ley.

Usted ignora lo que significa no poder saciarse cuando tiene hambre, o no poder beber si tiene sed. Todos aquí estamos presos sufriendo por nuestros pasados apetitos. Esto es atroz para quien disfrutaba de los placeres culinarios, del

sexo o de cualquier otro placer que colmara su carne. Este tren es nuestro infierno. De pronto aparecimos aquí sin explicaciones de ningún tipo. Simplemente aparecimos. Sin saber. Sin entender. Luego un día nos damos cuenta que estamos muertos, que estamos arriba de un tren que no va a ninguna parte. No le parece justo y hasta sensato que queramos liberarnos -preguntó.

A Salomón estas palabras le parecieron razonables. Era difícil no simpatizar con almas en tal situación. Así que medio convencido pensó que si él podía hacer algo lo haría. Escribiría historia tras historia hasta liberar a todos en el tren. Tal vez para eso había nacido después de todo y era ese su propósito en la vida. El destino que cada hombre debe cumplir. Porque, sino, ¿Por qué estaba ahí? Sintió que un viento helado le recorría la espalda. La cabeza se le inundó de conjeturas. Tal vez el mismo Dios -se dijo- es un gran escritor y tiene como nosotros que hacer esfuerzos para sostener y desarrollar su creación. Por eso tanto misterio y a veces tanta confusión. Es que el oficio no es fácil para nadie. Tal vez no somos sino los personajes de una gran historia contada por Dios. ¿Qué sabemos nosotros? Puede que el escribir sea un don divino -pensó- hinchando el pecho sin darse cuen-

ta. Puede que seamos sus colaboradores más cercanos. Por eso debe ser que estas almas me buscan para poder liberarse. Esa le pareció una explicación factible.

-¿Qué me dice?, preguntó el ladronzuelo.

-No sé todavía, dijo Salomón.

La verdad es que se moría como nunca por contar una historia, pero no quería arriesgarse y arruinar lo que podía ser un dictamen divino.

Anastasia le había dicho:

-No se puede forzar la situación y avanzar sin que cada uno espere su turno-. Y estos querían robar tiempo a su destino.

Los pensamientos comenzaron a mezclarse en su cabeza y perdió el conocimiento frente al ladronzuelo que lo miraba perplejo. Anastasia y el señor Martínez acudieron a socorrerlo aprovechando que las personas que lo rodeaban se hacían a un lado. Le desabrocharon algunos botones de la camisa y le dieron un poco de aire echándole viento con los papeles. Las cosas parecían ir de mal en peor.

De súbito las luces del tren parpadearon y quedaron a oscuras por un rato. Inmediatamente el señor Martínez corrió haciéndose paso entre la gente hasta desaparecer. Tenía que hacer algo.

Cuando Salomón volvió en sí pensó que por fin había despertado. Aunque no tardó mucho en comprender que todavía estaba en el mismo sueño. La primera a quien vio fue a Anastasia y después al ladronzuelo que lo miraba todavía con cara de sorpresa. El tren no dejaba de zanzandarse. La luz había vuelto y la bulla seguía como de costumbre. Anastasia lo besó en la mejilla ayudándole a restablecerse. Al principio todo le daba vueltas, hasta que pudo fijar las imágenes en su cerebro. En ese cerrar y abrir de ojos, como por un acto de magia, cambió totalmente de opinión.

-Ayúdame a salir de aquí, le pidió a Anastasia, al oído, en voz baja, con una voz temblorosa, como temiendo que eso fuera casi imposible y se viera obligado a atentar contra el designio de Dios. Lo tenía claro. Prefería mil veces contar historias tomando como personajes a las sombras del vagón de primera. Eso era lo prudente. Lo que se debía hacer. Por muchas ganas que tuviera de contar una historia, no podía escribir cualquier cosa. Un escritor debe también tener su moral. El señor Martínez ya estaba libre y de ningún modo podían obligarlo a contar una historia que

no quisiera, porque ¿cómo puede un muerto obligar a un vivo a que haga algo?

12

Pero el ladronzuelo creía ser un hábil negociador.

-Sólo por si está pensando en desistir -le dijo- sepa que de ningún modo lo dejaremos salir. Y que nosotros sepamos usted no puede atravesar las paredes.

A una orden suya varias personas se agruparon en las puertas, bloqueándolas. La amenaza era real. Salomón miró a Anastasia, buscando una respuesta, pero ella tenía sus dos manos tapándose la cara, en un claro signo de impotencia. No había nada que pudieran hacer, parecían estar a merced de aquellas almas rebeldes.

-No le dejaremos ir y tendrá que sumarse al viaje indefinidamente, sin poder volver a su mundo. Será nuestro prisionero. Además, continuó, haremos algo que le pesará, que llevará siempre en su conciencia. Es verdad que ya estamos muertos, pero siempre ha habido un modo para abandonar este tren. En ese momento el ladronzuelo miró a Anastasia y siguió. -No hay más que comenzar a maldecir y permanecer en ello

hasta que lo desaparezcan a uno. Lo hemos visto antes. ¿Dónde van?, no lo sabemos. Se dice que retroceden en la evolución, que se convierten en plantas o animales. No querrá tener eso en su conciencia. Le aseguro que sería difícil de llevar. Sería una historia de nunca acabar.

Mire, no sé porque es usted y no otro quien está aquí ahora -continuó- colocando una mano en su hombro, intentando parecer amigable. Tal vez es sólo el destino. Déjese convencer. Ahora estamos todos en lo mismo. Siendo los personajes de una historia inconclusa. No sabemos quien realmente mueve los hilos. Lo único cierto es que estamos ahora todos en este tren y que usted posee un poder que nos sería útil. Así de simple.

El tren volvió a sacudirse y Anastasia aprovechó para tironear del brazo de Salomón. -No lo haga- le dijo.

-De todos modos, -expresó Salomón- ustedes hablan como si una historia fuera una cosa hecha de un momento a otro, en un dos por tres. Eso es absurdo. No es llegar y contar una historia. Todo esto es absurdo, repitió.

Aunque pudiera hacerlo tardaría días, semanas, tal vez hasta meses. No soy una máquina.

Ustedes no tienen idea, dijo, alzando la voz. Lo

único que he querido durante toda mi vida es poder llegar al día de mi muerte y decirle a Dios: "hice lo que tenía que hacer, me esforcé por doblar y triplicar el talento que me diste. Conté historias sin parar, una tras otra". Pero no ha sido así, no he cumplido. A veces la vida se pone difícil. No soy el creador que se esperaba. A pesar de tener conciencia de haber sido creado a su imagen y semejanza. Es atroz, dijo, bajando la cabeza como antes, derrotado. ¿Y ustedes quieren que escriba sus historias? -sonrió irónicamente. No les había dicho que este sueño es estúpido -concluyó. Ya estoy harto. Se acabó.

13

Inmediatamente después de eso, todos gritaron al unísono. El tren chilló como si fuera un animal herido y se fue balanceando de un lado para el otro hasta perder el equilibrio. Las personas volaban, literalmente, junto al equipaje.

Anastasia se aferró a Salomón como pudo.

-Es el fin le gritó ella. Demasiado tarde para historias. Hasta aquí llegamos todos.

El vagón se volcó dando dos o tres vueltas y ter-

minó boca arriba. Salomón se miró y no había recibido ni un rasguño. Escuchó la mar de lamentos, pero no pudo ver nada. Un velo de neblina y humo lo cubría todo. Anastasia había desaparecido.

14

Este es el fin de la historia. Quien la vivió da testimonio aquí de su veracidad. Aún no está claro si fue o no un sueño. Lo que si está claro es que es una historia en la cual los hilos fueron movidos de un modo misterioso.

Si es verdad lo que en ella se asevera, que el mero hecho de aparecer como protagonista de una historia puede liberar un alma, entonces tengo la certeza que gracias a ella al menos se salvaron Anastasia, el señor Martínez, el ladronzuelo, la mujer y las tres sombras, sus personajes más importantes.

Yo, después de pensarlo mucho, he decidido escribir la historia para el mundo, llevado por el deber de informar a mis semejantes sobre un suceso tan increíble y para que se cumpla lo que está escrito en la única y verdadera historia: la que Dios escribe en su cuaderno y con su pluma?

Índice

- Los infiltrados	7
- El día en que murió el general	13
- Fellatio	17
- Si te he visto, no me acuerdo	29
- Deducciones	31
- Fanática	39
- La sequedad	43
- El ciego	51
- Corrupción	59
- Homofobia	67
- El muerto	77
- La otra orilla	83
- La única y verdadera historia	103

